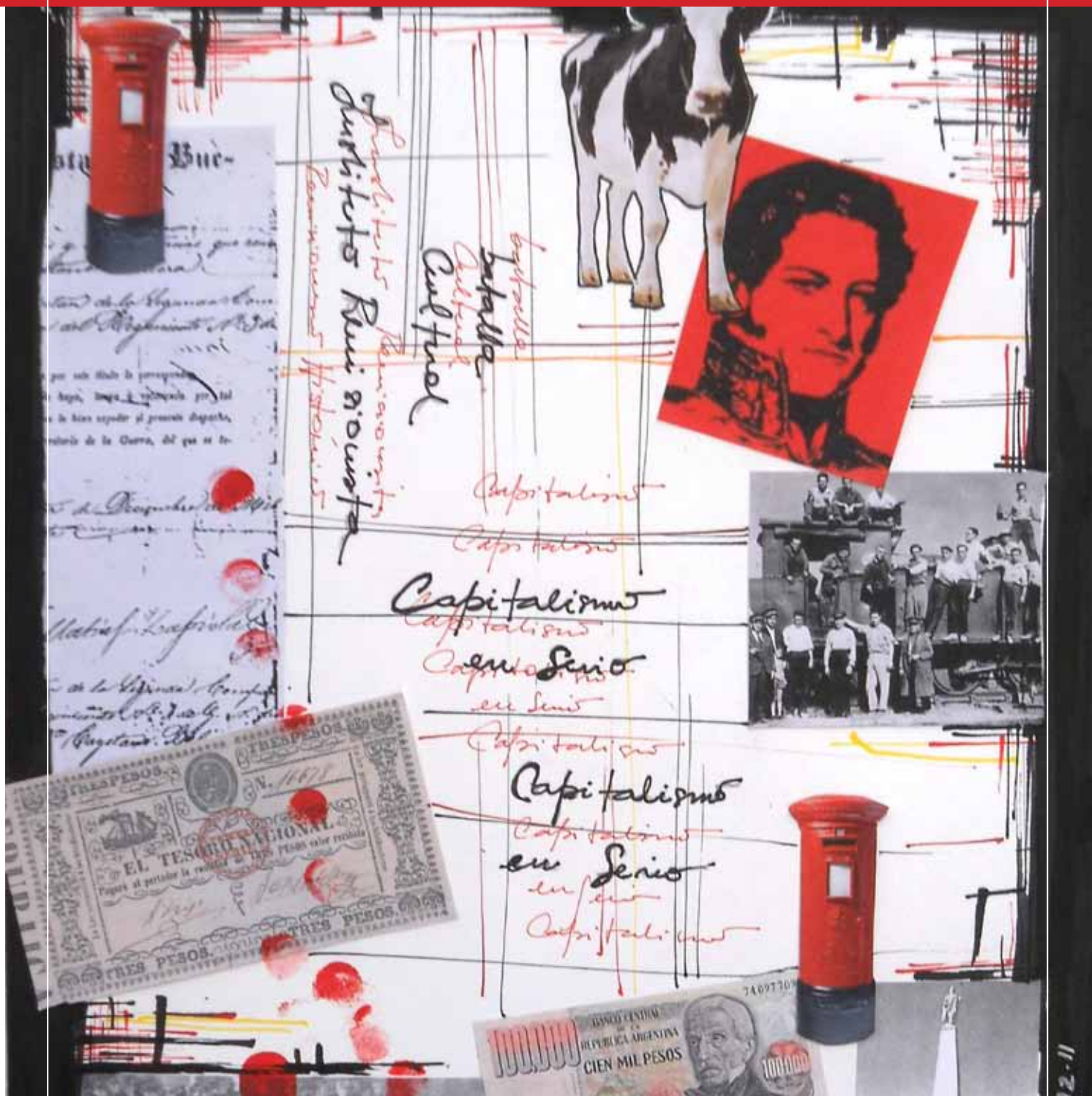


Asamblea de Intelectuales, Docentes y Artistas en apoyo al FRENTE DE IZQUIERDA Y DE LOS TRABAJADORES

LA HISTORIA EN DEBATE

A propósito de la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico



Escriben en este número:

Eduardo Grüner; José César Villarruel; Cecilia Feijoo y Alicia Rojo; Hernán Camarero y Lucas Poy; Natalia Boca, Federico Sena y Federico Novofoti; Mariano Schlez.

índice de notas

Vuelve, todo vuelve. . .

(Para una revisión revisada del revisionismo de nuevo revisionado)

Eduardo Grüner

5

Discurso sobre la multiplicación de los panes (la pobreza)
y los panteones (los héroes).

José César Villarruel

23

El revisionismo histórico como ideología gubernamental

Cecilia Feijoo y Alicia Rojo

28

Revisionismo devaluado. *La última impostura kirchnerista*

Hernán Camarero y Lucas Poy

31

El Instituto Dorrego y el cuento de la “distribución de la palabra”

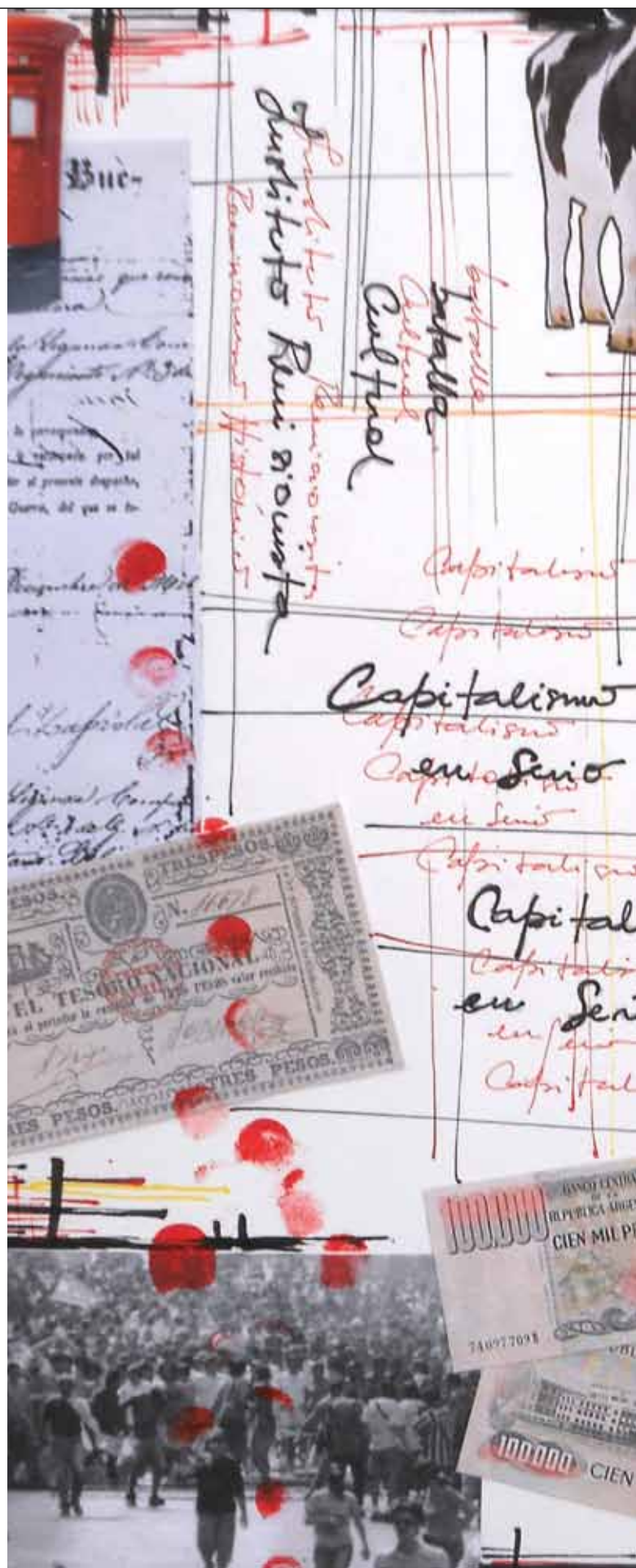
Natalia Boca, Federico Sena y Federico Novofoti

34

Los dueños de la Historia

Mariano Schlez

38



Vuelve, todo vuelve...

(Para una revisión revisada del revisionismo de nuevo revisionado)

por Eduardo Grüner

La falsa historia es el origen de la falsa política
Juan B. Alberdi

Es sorprendente la facilidad y solidez con que las leyendas conquistan un lugar en la ciencia de la historia
León Trotsky

Reemplazar un mito con otro es no ganar nada: es dejar el pasado al servicio de las tácticas del presente
George Steiner

Como se sabe, en la Argentina cada tanto se vuelve a inventar la pólvora (o, para nuestro caso, el dulce de leche y la birrome, cuando no la picana eléctrica). La reciente fundación de un instituto de historia revisionista mediante decreto presidencial ha levantado una polvareda polémica sobredimensionada y con rancio olor a naftalina. ¿O no? ¿Estamos repitiendo como *novedad* las deshilachadas polémicas que vienen entrando y saliendo en la cultura argentina desde por lo menos la década del 20? ¿O estamos disimulando tras ellas "las tácticas del presente"? Desde ya: a nadie se le escapa –no debiera escapársele– que entre nosotros (como en casi todas partes) los debates historiográficos han servido para ventilar, y a veces enrarecer el aire de, los diferendos y confrontaciones políticas del presente. No hay, en principio, nada que objetar: "Hacer historia no es reconstruir los hechos tal cual se produjeron, sino recuperarlos tal como relampaguean en este instante de peligro", sentenció célebramente Walter Benjamin. De acuerdo: el problema, en esta discusión, consistiría en primer lugar en discernir *cuál es*, y para quién, el "peligro" –y no lo decimos inocentemente: una reconocida ensayista argentina ha sugerido que la

creación de ese instituto podría ser "peligrosa"-. Y en segundo lugar, podríamos preguntarnos si los *términos* en que se está dando la polémica no implican una enésima versión de esos "binarismos" maniqueos –a veces muy útiles para ocultar *otras* complicaciones y complicidades– a los que no hemos dejado de *no acostumbrarnos* en nuestras "batallas culturales", incluidas las de los últimos años. Y aclaremos, por si hace falta: no se trata de encontrar, o de inventar a los apurones, una "tercera posición", equilibrada o mediadora, entre las dos en juego. Si no, si pudiéramos, de patear un poquito ese tablero con otras *clases* de términos. Nuestros epígrafes, a su manera condensada, anticipan en cierto modo nuestras conclusiones (provisorias, como siempre): si Nietzsche decía "No hay hechos: sólo hay interpretaciones", bien podemos agregar nosotros: y toda interpretación se convierte en un *hecho* que oculta su propia *hechura*, su "proceso de producción". La historia, no cabe duda, es una política del presente proyectada hacia el pasado. Lo que no es tan fácil es discernir –por detrás de los discursos dominantes (hay más de uno)- *cuál es*, exactamente, esa política.

Ensayemos.

1.

No tenemos tiempo –aún si tuviéramos la suficiente competencia- de hacer aquí la compleja, y a menudo confusa, *historia de la historia* del llamado “revisiónismo histórico”. Baste señalar que su pre-nacimiento, aún inorgánico y nebuloso en términos ideológicos nítidos, coincidió, *grosso modo*, con los fastos oligárquico-liberales del primer Centenario (donde, entre otras cosas, se empezó el cuestionamiento todavía “poético-literario” del optimismo positivista agroexportador, y *simultáneamente* de la “invasión” inmigrante que disparó las discusiones sobre el “criollismo” y los primeros escarceos a propósito de una “identidad nacional”, con textos como *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas o *El Payador* de Lugones), y sus “retornos” o recomienzos más chisporroteantes se produjeron, por ejemplo, en el pasaje entre las décadas del 20 y 30 (crisis económica y ascenso de los fascismos a nivel mundial, localmente consolidación y debacle del radicalismo, golpe de Uriburu), en el período de ascenso del peronismo –ya con algunas inflexiones más “populistas”, y en algún caso incluso “obreristas”-, luego en el contexto de la radicalización “nacional-popular” de buena parte de la juventud de clase media (especialmente universitaria, expresada en el auge de las “cátedras nacionales” en las décadas del 60 y primeros 70s), y así. Es decir: *siempre* en etapas políticamente “dramáticas” –por así decir- de la vida nacional, y *siempre* vinculando la historia a la política, y más ampliamente a la politización de la *cultura*, incluso hasta cierto punto la cultura “de masas” –el revisionismo logró a menudo una apreciable presencia “mediática”, y en cierto modo creció *con* los medios: en los años 60 no era demasiado raro ver en la televisión a historiadores como José María Rosa o Fermín Chávez; y en otro plano, tuvo buena influencia “letrística” en el *revival* de la música folklórica de principios de los 60 (Rimoldi Fraga *et al*), para no olvidar al celeberrimo Jabón Federal, con su inquietante mazorquero en el logotipo-.

A este respecto, convendría al menos interrogar un módico mito heroico que se ha hecho reverdecer en estos días –y de paso preguntarnos *para qué sirve*, hoy, este “mito”-: no es estrictamente cierto que la versión revisionista fuera *tan* ignorada, “ninguneada” o sepultada por la cultura “oficial” (que tampoco fue tan homogénea como se

dice: algunas vertientes del revisionismo, miradas retrospectivamente, *pertenecieron* plenamente a alguno de los rincones de esa cultura “oficial”): en muchos casos tuvo ciertamente buena prensa, aunque sólo fuera por una siempre rentable apuesta “escandalizadora” por parte de los medios o las editoriales. Sí es mucho más cercano a la verdad que la cultura “oficial” académico-universitaria y “científica” a menudo lo ignoró con una mezcla de desdén, sospecha y alarma por su recusación de la supuesta “objetividad” metodológica y del positivismo liberal más o menos sofisticado y polvoriento. Y esta “alarma” ante las inflexiones “vulgares” del ensayismo histórico-político revisionista, por lo visto, y a juzgar por ciertas reacciones un poquitín histeroides que se han escuchado recientemente, parece mantener su un tanto raída vigencia claustral. Pero la Academia, o la vanidad “cientificista”, o en su momento la tediosamente interesada e igual de “vulgar” y mentirosa (aunque disimulada por el prestigio de la traducción ilegible del Dante) versión-Mitre / López de la historia, no son *toda* la cultura “oficial”. También lo es la “industria cultural” que transformó a muchos de los productos revisionistas en razonables –y a veces algo más- *best-sellers*. Hay una zona de la cultura “oficial” –por ejemplo la ligada a las diversas corrientes del nacionalismo “derechoso” que *siempre*, incluso durante el peronismo “clásico”, tuvo un peso nada despreciable en la cultura- que *siempre* guardó un lugarcito para el revisionismo.

Porque, seamos claros: el revisionismo inicial es una amalgama ideológica de nacionalismo de derecha (en algunos casos directamente proto-fascista o “falangista”), antiliberal y antidemocrático pero también rabiosamente antisocialista cuando no antipopular y aristocratizante –“antiburgués” por derecha, digamos-, xenófobo, racista, católico-tradicionalista, hispanófilo-oscurantista con nostalgias carlistas, militaristas adoradores de “la hora de la espada” (aunque el *hombre* Lugones, con sus permanentes “bandazos” ideológico-políticos y su impostado “panteísmo”, les resultara francamente fastidioso), algunos de sus representantes habían sido ocasionalmente colaboradores de la Liga Patriótica de Manuel Carlés de siniestra actuación durante la Semana Trágica de 1919 (y es bueno recordar, de paso, que Carlés era *radical*, y lo bastante “consecuente” como para renunciar a su cargo de profesor en el Nacional Buenos Aires

cuando se produce el golpe contra Yrigoyen), etcétera. Hay diferencias internas, desde luego, y ya analizaremos ciertos matices para no ser injustos, pero los rasgos dominantes fueron esos. En fin, nada que remotamente pueda resultar simpático, hay que pensar, a quienes hoy fundan un instituto con ese apelativo (es cierto que toman la precaución de bautizarlo con el nombre de Manuel Dorrego, víctima de uno de los crímenes individuales más alevosos e injustos que cometió el unitarismo liberal-oligárquico en la primera mitad del siglo XIX, y no con el de Rosas, como el otro instituto ya existente desde la década del 30 y todavía actuante, que sepamos).

Por supuesto, cualquiera tiene derecho a apropiarse de una etiqueta para a su vez matizarla o directamente cambiarle su sentido. Tampoco esto es nuevo: el mote de "revisiónistas", dentro del variopinto y desordenado movimiento nacionalista argentino, le cupo también a las vertientes *nacional-populares* y "pequeñoburguesas" de Forja (Scalabrini Ortiz, Jauretche, Dellepiane), al "centro" nacionalista-peronista (José María Rosa, Fermín Chávez), al peronismo más decididamente de izquierda (Ortega Peña, J. W. Cooke), o a una genérica "izquierda nacional" (el "Colorado" Ramos, Hernández Arregui, Puiggrós, Galasso, Spilimbergo), y hasta hay quienes, hoy, en prueba de la pluralidad del instituto, procuran deslizar bajo la etiqueta el nombre de... Milcíades Peña. Ya volveremos sobre esto. Digamos por ahora que aunque esa "resignificación" sea perfectamente legítima *en principio*, conviene no olvidar que en su *origen* -y un origen inevitablemente marca a una "identidad"- el revisionismo surgió con nombres como los de los hermanos Irazusta -que, si no nos equivocamos, son quienes acuñaron la palabra-, Carlos Ibarguren o Ernesto Palacio, cuyos idearios tampoco ellos homogéneos (hubo diferencias importantes entre los Irazusta y Palacio por un lado, e Ibarguren y sus seguidores por el otro, respectivamente agrupados en los que Zuleta Álvarez atinadamente llama *nacionalismo republicano* y *nacionalismo doctrinario*¹) de todos modos se acercaban, de conjunto, mucho más a *aquellas* significaciones que a ninguna "izquierda", por más elásticamente que tomemos *esta* etiqueta, si bien es cierto que su "derechismo" es a menudo confusamente ecléctico (sus simpatías no llevaron a los Irazusta hasta propiciar una "revolución" antirrepublicana y corporativista -no

fue eso, pese a cierta vocinglera declamatoria, el golpe de Uriburu-, sino a sostener que la Constitución de 1853 había sido envilecida por los "excesos de la democracia" y la "demagogia hacia las masas"; y por otra parte no fueron pocos los contactos entre estos nacionalistas y sectores liberal-conservadores "republicanos" de derecha: Matías y Marcelo Sánchez Sorondo, padre e hijo, constituyen una suerte de "alegoría familiar" de esto, pero muchos de ellos -no, otra vez, los Irazusta, que ya en 1932 comenzaron su tibia reivindicación de Yrigoyen- actuaron de manera harto más material una colaboración con el gobierno conservador de Justo una vez desaparecido el *nacionalista-a-medias* Uriburu, sin parar muchas mientes en que el *in-Justo* entregara a cuatro manos la economía nacional en las faldas del denostado imperio británico: para ellos el anti-radicalismo, y ni hablar el anticomunismo, venía *antes* que ningún antiimperialismo consecuente).

¿Hasta dónde puede *estirarse*, pues, el significado del signifiante "revisionismo"? Si se trata simplemente de aplicarlo a todos quienes se propongan una *revisión* crítica de la historia o la cultura "oficiales", ¿por qué no usarla, por ejemplo, para Martínez Estrada -que *revisó* fuertemente, por cierto, y entre muchas otras cosas, la versión "oficial", más o menos lugoniana, del "gaucho de mármol" Martín Fierro-? ¿O a Viñas -que *revisó* con inédita radicalidad la historia "oficial" de la literatura argentina-? ¿O, para llevar las cosas al colmo del absurdo, a Borges -que *revisó* tantos de los mitos de la cultura nacional-? ¿Y -ni qué hablar- a Milcíades Peña, que, colmo de "revisionista", no se contentó con "revisar" a la historia-Mitre, sino también a los "revisionistas"?

La respuesta es simple: ninguno de estos autores era, en el sentido estricto y estrecho en que suele entenderse ese mote, *nacionalista* (ya discutiremos el caso Peña, como anunciamos). Y el revisionismo -fuera de derecha, de centro o de izquierda- jamás dejó de reconocerse en *esa* filosofía política, la del nacionalismo. Pero entonces, hay que "bancarse" que tanto el primer revisionismo como el nacionalismo tienen su acta de fundación ubicada en el extremo *derecho* del espectro ideológico local. Es difícil -casi pensaríamos que imposible- que el instituto de marras *reivindique* como suyos los nombres de Ibarguren, Irazusta, Palacio, Pico, Carulla, Sánchez Sorondo, o

aún el último Lugones. Si fuera así –lo veremos-, ¿no significaría eso *amputar* una buena y sustantiva parte –la “fundacional”, para colmo- de lo que significa el título de “revisionista”? ¿No sería renunciar a asumir el revisionismo como un *campo de batalla*, y de los más importantes, de entre los muchos que prodigaron las “batallas culturales” argentinas (la cuestión, claro, es si en la actualidad *vale la pena* conservar ese “campo de batalla” un tanto vetusto, como si nada hubiera cambiado en la Argentina desde los años 60; dejaremos ese debate para más adelante)? Nos tememos que sí. Y que entonces, sustrayendo y sustrayéndose a esa batalla interna, el instituto termine, aunque por el lado sedicentemente “popular-progresista”, haciendo *justamente lo mismo* que –en una suerte de “retorno de lo reprimido”- hizo el *mainstream* revisionista de derecha: cambiar unos monumentos por otros, pero sin alterar la arquitectura unilateralmente *monumental* de la historiografía nacional “oficial” y burguesa. Que es, paradójicamente, lo que ya había hecho el “mitrismo”, incluidas sus variantes de “izquierda”, que llegaron incluso hasta el estaliniano PC (Partido Codovillista). Y que es –y nos permitimos sospechar que no sea por azar- una manera de evitar el debate sobre los *actuales* “binarismos” pretendidamente herederos de los históricos.

2.

Ahora bien: para seguir aclarando, entiéndase que *de ninguna manera* estamos diciendo –dialéctica obliga- que aún las expresiones más nacionalistas de derecha del revisionismo hayan carecido en su hora de algún interés “cultural”. Para empezar, un interés *estilístico* y ensayístico-literario. Los principales de entre los originarios autores revisionistas (los Irazusta, Palacio, Ibarguren, Jacovella, etc.) fueron eruditos con una sólida cultura clásica, grandes escritores y temibles polemistas, con una prosa adusta y vociferante que sabía cargarse con la ironía fina y la socarronería poética, implacable en los epítetos y siempre ingeniosa y creativa en la retórica. Eso era algo compartido con los igualmente grandes ensayistas del nacionalismo católico de derecha como Ignacio Anzoátegui, Ramón Doll o el padre Castellani, quienes –pese a su hispanofilia- habían mamado y habían sabido “español-criollizar” lo mejor del estilo de esos tumultuosos escritores

de la derecha pre-fascista francesa que fueron Barrés, Maurras, Péguy, Drumont (y por esa vía, claro, absorbieron el pensamiento político-filosófico de Burke, Bonald, De Maistre, Donoso Cortés y toda la pléyade de importantes pensadores “contrarrevolucionarios” y restauracionistas que dio la Europa del siglo XIX).

Esa enjundia ensayística y estilística *pasó*, en general, fue *transmitida*, con la correspondiente modificación de sus posiciones ideológicas, a las otras variantes político-culturales del nacionalismo popular, el peronismo, e incluso –y quizá sobre todo- de la “izquierda nacional” (es palmario el caso de Abelardo Ramos, una de las plumas más regocijantes del ensayismo histórico-político argentino del siglo XX, aún cuando muchas de sus conclusiones sean muy discutibles, y su propia trayectoria política haya terminado bastante patéticamente). Aunque sólo fuera por eso –y no es poco, cuando se lo compara con el sopor repetitivo de buena parte de nuestros *papers* académicos- en el revisionismo de derecha se trata de gente a la que *vale la pena* leer (no importa las arcadas éticas que puedan producirnos la mayoría de los *contenidos* de su escritura), como sigue valiendo la pena leer, digamos, los ensayos de Céline, de Ezra Pound o de T. S. Eliot. Si se nos disculpa una módica “provocación”, sería una verdadera pena que el instituto Dorrego, por ejemplo, no recuperara críticamente para las nuevas generaciones el placer ambiguo, contradictorio, enojoso, pero placer al fin, de ese estilo polémico impardable que hoy casi no se practica. Sería como privarse de leer a Sarmiento, a Alberdi, a Murena, o en otro andarivel ideológico, a Astrada, a Viñas, a Alcalde, a Rozitchner.

Pero no es sólo eso, sigamos haciendo un esfuerzo más para ser “dialécticos”. El revisionismo nacionalista de derecha *pensó* apasionadamente al país, eso no se le puede negar, y en muchos sentidos lo pensó de una manera *nueva*, fresca, inaudita en comparación con la historia liberal “normal” (si bien, en términos estrictamente historiográficos, reconociendo algún vago antecedente como Adolfo Saldías y Ernesto Quesada; y sin olvidar, ya que de binarismos apresurados hablamos, que como lo señaló Noé Jitrik recientemente, Mitre *apoyó* la elaboración de la historia de la confederación de Saldías). Y con *momentos* de no fácilmente descartable verdad: el problema, por

supuesto, es la articulación de esos fragmentarios “momentos” con la *totalidad* de un pensamiento insanablemente reaccionario. Dentro de la cultura “para-oficial” u “oficiosa” –es decir, la que deja afuera las expresiones de la izquierda más radicalizada, de las que no estamos hablando ahora-, son *ellos* los que, desde la derecha, captaron más agudamente el anquilosamiento falsario e hipócrita de la “democracia” liberal-burguesa que actuaba de tranquilizador disfraz legitimante de la excluyente “república” oligárquica. Y son *ellos* los que, desde la derecha, combatieron aguerridamente contra el positivismo ramplón y el “materialismo vulgar” que, aún en sus versiones menos burdas y más “progres” (Ingenieros, Ramos Mejía o Juan B. Justo) revestía de “cientificidad” el apuntalamiento “por izquierda” de las estructuras más cuestionables de esa república “granero del mundo”. Y son *ellos*, incluso (sobre todo por obra de Rodolfo Irazusta, seguramente el más inteligente y “flexible” del movimiento, que en su hora supo elogiar y profundizar las críticas al pacto Roca-Runciman hechas por el comunista Rodolfo Ghioldi), los que, desde la derecha, introdujeron en el letargo político de la “ciudad letrada” la denuncia antiimperialista –porque, a pesar de su derechismo, eran pensadores de una nación *dependiente* y semicolonial, que no podía tener aspiraciones imperiales, y cuyo nacionalismo era necesariamente “defensivo”-, lo cual los llevó a sostener la “objetivamente correcta” posición neutralista ante las guerras inter-imperialistas mundiales. Y son algunos de *ellos* los que (es el caso del Ernesto Palacio “peronizado”, por ejemplo), desde la derecha, aceptaron alguna variante de “nacional-populismo”.

Pero, por supuesto: lo hicieron desde la *derecha*. A la pseudo-democracia oligárquico-burguesa con su formalismo liberal no se les podía ocurrir oponerle una democracia “popular” con protagonismo de masas –¡no digamos ya una democracia más o menos “soviética”, perspectiva que llenaba de horror y angustia paranoica a su catolicismo ultramontano irredento!-; al imperialismo anglo-norteamericano no se les podía ocurrir oponerle un movimiento de liberación nacional dirigido por la clase obrera y los sectores oprimidos –como el que por aquellos años se había formado en Nicaragua alrededor de la figura de Sandino, por ejemplo-; y su lucha estético-literaria contra el positivismo y el “cientificismo” academizantes

fue ella misma marcadamente *estetizante*, basada en un espiritualismo teológico-tomista o un misticismo romántico (lejanamente inspirado en las etéreas exaltaciones americanistas de Rodó o de Rubén Darío), y no por ejemplo –porque pedirles “marxismo” sería un despropósito risible-, en la muy densa renovación historicista-idealista de la filosofía alemana de fines de siglo XIX y principios del XX (el neokantismo o el neohegelianismo de Dilthey o Rickert, la fenomenología de Brentano o Husserl; aunque sí figurara seguramente en sus lecturas *La Decadencia de Occidente* de Spengler, desde ya), si bien se puedan detectar marcas poco rigurosas y trabajadas del intuicionismo bergsoniano o el “actualismo” pre-mussoliniano de Gentile.

Es decir: era imposible para ellos adoptar una perspectiva *de clase*; ni siquiera una consistente perspectiva de clase *burguesa nacional*, que por supuesto *no existía* como tal “clase” –y *sigue* sin existir, pero esa es otra discusión de la que no nos privaremos aunque sea brevemente- en esa (y esta) Argentina dependiente / neocolonial, que ya desde Rivadavia y Rosas (tendremos que volver sobre este punto polémico) había decidido ser la combinación entre “granero del (*para* el) mundo” y boca de recepción de las mercancías industrializadas europeas, especialmente británicas. La conformación económica, política, ideológico-cultural e incluso geográfico-territorial de un “país” todo él organizado por el “embudo” portuario-porteño-bonaerense –un “país” que por lo tanto no era una *nación*, ni siquiera una *nación burguesa*, en el estricto sentido moderno (y esto, nuevamente, llegó a admitirlo el propio Rodolfo Irazusta)-, esa conformación *no podía* producir una auténtica “clase (burguesa) nacional”. Lo cual no significa que no fuera un país *capitalista* –otro debate decisivo sobre el que también deberemos volver-: pero es un capitalismo sin capitalistas “nacionales”, transnacionalizado desde el origen, con su desarrollo burgués deformado, amputado y rengu desde el principio. Los revisionistas de derecha, que *pertenecen*, concientemente o no, a uno de los aspectos de esa configuración (no en vano su héroe histórico máximo es Rosas) son nacionalistas *sin nación* (tampoco “tiene” nación la clase oligárquico-liberal europeísta, claro está, pero a ella o bien no le importa, o su ideología autojustificadora la ha convencido de que esa no-nación es

su "nación"; que el partido de Bartolomé Mitre se llame "Nacional"; y su periódico "La Nación" es tan sólo un amargo sarcasmo).

En suma: nacionalistas burgueses sin nación ni burguesía nacional, posición de clase sin clase, y cuyo reaccionarismo cerril les impide mirar como *protagonistas* históricos a las que *sí*, en cambio, podrían ser *clases "nacionales"* en un sentido más o menos "gramsciano" (el proletariado urbano y rural, el campesinado pobre y los sectores populares más oprimidos, etcétera), la ideología de los revisionistas-nacionalistas queda, por decirlo vulgarmente, "pedaleando" en el vacío. De allí su espiritualismo violento y su escolasticismo rabioso, de allí su "fascismo" (o nazi-falangismo) estéril, como síntoma paradójico de adopción de una ideología *extranjera*, ya que la suya no podía tener un referente *nacional* (una vez más, el astuto Irazusta se percató de este contrasentido, y se opuso enérgicamente a la denominación de "fascistas", ya que para él esta era una "ideología foránea", tanto como el liberalismo anglófilo). De allí, decíamos también, su completa ausencia de una perspectiva sólida *de clase* (lo cual, como suele suceder, los lleva en los hechos a muchos de ellos a hacer el "trabajo sucio", a expresar en voz alta y estridente los pensamientos más *inconfesables* de la clase dominante, como la xenofobia y el antiobrerismo; y lo cual hace que la clase dominante los "rechace", como se rechaza al "pariente loco" que dice la verdad oculta sobre la mugre de la familia; pero no deja de ser la *misma* familia, con sus "internas", como todas).

Y de allí también, entonces, que ante la ausencia de un abordaje *estructural* de la historia argentina, su "revisión" propiamente historiográfica se haya limitado a aquel cambio –"superestructural", si se nos permite– de "monumentos" que mencionábamos: descolgar el retrato de Rivadavia para poner en su lugar el de Rosas (elegido, como es lógico, por su personalidad de Restaurador hispanófilo, tenebroso, clerical y despótico, Jefe del Orden por excelencia e impulsor de la Mazorca –la "policía brava" de la provincia de Buenos Aires de su época–, aunque con sus rasgos "populistas"). Es un "binarismo" antidialéctico, insistamos, que no pone en *cuestión* las complejidades de una situación en la cual *ambos* representaban fracciones –a menudo enfrentadas violentamente, claro, pero tampoco

eso es una gran novedad en cualquier sociedad "burguesa" en estado de parto– de la *misma* clase dominante en formación.

No es que falten, en sus enjundiosos textos, análisis económicos y políticos, ciertamente. Pero en general, están tratados bajo una lógica, digamos, *conspirativa*, donde la maldad o el interés personal espurio y la ideología "antinacional" o "vendepatria" de los personajes individuales, o las maquiavélicas operaciones de la "Pérfida Albión" (todas cosas que también existieron, va de suyo) adquieren una dimensión protagónica que obtura cualquier investigación sobre las *estructuras* económicas, sociales, políticas y culturales, y ni hablar sobre las formas (o *des-formas*: las que podían darse en la época) de "lucha de clases", o tan siquiera de objetivos *proyectos* de clase para la organización del nuevo país burgués. Hay, sí, una excepción notable: la de una serie de asombrosos artículos publicados en 1940 por Bruno Jacovella nada menos que en *Nueva Política*, el periódico de Ibarguren –es decir, el más filo-fascista de los grupos nacionalistas-revisionistas del momento–, y que bien pueden interpretarse como un germen de la "izquierda nacional" (e incluso yendo algo más lejos). Allí Jacovella combinaba desprejuiciadamente la Teología Política de Carl Schmitt con el concepto marxista de *lucha de clases*, para afirmar que "se había llegado a una situación de enfrentamiento entre la burguesía, aliada a la oligarquía, y el proletariado", y por lo tanto "era imposible pensar la política al margen de las clases y sus ideologías", y luego criticaba por "reaccionarios" a los sectores nacionalistas que no comprendían que se estaba asistiendo a la "muerte de la clase dominante" y que un auténtico nacionalismo debía acompañar al proletariado en su lucha².

Pero, como decíamos, se trata de una excepción. La norma suele ser que toda perspectiva de análisis en términos de *clase* constituya un límite ideológico infranqueable. Esta limitación del análisis los conduce ocasionalmente a verdaderos dislates, como cuando los Irazusta, en medio de su encendida diatriba contra la política del imperialismo británico y sus socios locales, intentan demostrar que la "oligarquía" que gobierna la Argentina en los años 30 *nada tiene que ver* con la clase de los grandes terratenientes, pues ninguno de los funcionarios de primera línea del gobierno es poseedor de tierras (como sí lo eran, vale aclararlo, los

Irazusta, aunque en pequeña escala). O sea: no se les ocurre que la "clase política" gobernante pueda llevar adelante una *política de clase*, aunque sus dirigentes no pertenezcan "empíricamente" a las clases dominantes materialmente beneficiarias de esa política- y además, en muchos casos *sí* pertenecían-. El espiritualismo idealista y escolástico del revisionismo nacionalista de derecha deja todo, en definitiva, en manos de los grandes *individuos* (mítica y maniqueamente opuestos como los ángeles y los demonios de la historia), los "héroes históricos" a la manera de Carlyle o Hegel, y en todo caso, de un igualmente mítico Estado "ético" y todopoderoso que habría que construir a la manera de un Mussolini, aunque basado en las tradiciones hispano-católicas "acriolladas" y sin someterse a las recetas "foráneas". Desde ya que la función histórica, política y simbólica del Líder, objeto de grandes "identificaciones de masa", es algo *real*, como lo ha mostrado profundamente Freud en su *Psicología de las Masas*. Pero en estos revisionistas originarios los "nuevos" Héroes flotan en el *topos uranos* de la Idea de Nación, muy por encima de las masas, las clases, las relaciones de producción locales e internacionales. En este sentido (ideo)lógico profundo, nada sustantivamente distinto a "la historia de Mitre". Los héroes son otros, claro: los caudillos federales, y en primerísimo primer término Rosas (¡a quien consideran –y lo siguen haciendo los revisionistas actuales, contra toda prueba objetiva de la historiografía- el Gran Jefe del "federalismo"!"). No estamos diciendo, va de suyo que esos caudillos federales –entre los cuales habría que hacer, además, cuidadosas y detalladas distinciones- representarían el *mismo* proyecto político, y ni siquiera los *mismos* intereses de clase, que el de los unitarios (Rosas, en el fondo, *sí*: fue el más astuto de nuestros grandes "unitarios"). Estamos diciendo que ese "cambio de figuritas", esa inversión especular, *en modo alguno* puede por sí misma dar cuenta de la complejidad de las situaciones históricas.

3.

Es algo diferente, en principio, el caso de los otros revisionismos, los más "democráticos", "progresistas" o de "izquierda". Los enemigos principales (Rivadavia, Sarmiento, Mitre, la "línea Mayo-Caseros", el imperialismo anglo-norteamericano) son desde luego los mismos, con la excepción

relativa y parcial de la izquierda (relativa y parcial, porque la canallesca componenda del PC con la Unión Democrática de 1946 ofreció *también* ese argumento contra "la izquierda" en general, en un *pars pro toto* a veces no exento de algún maccartismo "benévolo"). Aquí *sí* figuran, claro, las masas, las variables económico-sociales, y hasta la "lucha de clases", al menos como enunciado. La actitud ante Rosas es más ambigua –aunque *en el fondo*, lo veremos, no tan diferente-. La influencia –no sin deformaciones y amputaciones teóricas- del marxismo "desestalinizado" se hace sentir, y no solamente en casos obvios como el de Abelardo Ramos, que proviene del trotskismo. Este punto particular es un tema no demasiado bien estudiado de la historia de las ideas en la Argentina: ¿cuáles fueron, exactamente, los componentes "marxistas" que pasaron al revisionismo de "izquierda"? La heterogeneidad de origen de los nuevos intelectuales revisionistas que se volcaron al peronismo (y ese "vuelco" no fue siempre cómodo en términos teórico-historiográficos: el propio Perón, en el período 46 / 55, *nunca* se mostró especialmente interesado en el revisionismo, y *nunca* rompió nítidamente con la "línea Mayo-Caseros": ¿acaso, si vale como símbolo, los ferrocarriles "nacionalizados" no se llamaron Sarmiento, Mitre, Roca, Urquiza, lo que motivó amargas quejas por parte de Jauretche entre otros? Y hubo varios de esos revisionistas-nacionalistas –otra vez se destacan en esto los Irazusta- que criticaron duramente lo que interpretaban no sin razones –otro tanto hizo Milcíades Peña desde la izquierda- como una *continuidad* de los lazos con los intereses británicos por parte de Perón, cuyo enemigo manifiesto en 1946 había sido EEUU y no Inglaterra), esa heterogeneidad, decíamos, es manifiesta: el grupo Forja proviene del radicalismo, Puiggrós del estalinismo, otros como vimos del trotskismo, y no faltaron los ex socialistas y ex anarquistas, así como desde luego algunos de los viejos nacionalistas. En ese caldero múltiple y revuelto, igual de múltiples, revueltos y parciales, o truncos, tenían que ser los elementos marxistas que se incorporaron de distintas maneras a un revisionismo remozado y "popularizado".

En todo caso, una actitud teórico-política genérica prevaleció –incluso, con sus inflexiones propias, en la "izquierda nacional"-. Aunque no se dejó de reconocer, como decíamos, la validez de la

categoría “lucha de clases”, y por supuesto ahora sí se pensó la historia nacional en términos más claros de “*proyectos*” de clase, todo eso convergía, en definitiva, en una política, hacia “adentro” del país, orientada hacia la *conciliación* de clases representada por el bonapartismo *sui generis* peronista, mientras se mantenía, hacia “afuera”, la furibunda diatriba contra el imperialismo y el neo-colonialismo. El revisionismo popular y “tercermundista” –que comenzó a surgir contemporáneamente a los movimientos de liberación nacional africanos, muy especialmente el argelino, y en nuestro continente a la Revolución Cubana- tuvo una concepción predominantemente *externalista* del imperialismo y su acción en Latinoamérica, más inspirada en la metáfora de la “ocupación territorial” del colonialismo clásico que en la fusión *estructural* del capital industrial con el financiero también *dentro* de las naciones dependientes, que había teorizado Lenin para la “fase superior” del capitalismo.

No es que no se reconociera que al interior de esas naciones había “clases dominantes” beneficiarias de la lógica semi-colonial o dependiente, por supuesto. Pero se tendió a identificarlas en bloque con la “oligarquía” terrateniente y en todo caso con las fracciones burguesas más concentradas y directamente vinculadas a las empresas multinacionales; es decir, con los sectores de aquellas clases dominantes que tenían una relación *necesaria* y casi *mecánica*, inmediata, con el mercado capitalista mundial. Esa excesiva *concentración* de la figura “clase dominante” (y también, en cierto modo, de un genérico *imperialismo*, poco atento a las contradicciones interimperialistas que hacían que ciertas fracciones burguesas u “oligárquicas” locales se recostaran en la declinante Inglaterra, otras en la ascendente EEUU) dejaba un amplio margen para la invención de una hasta cierto punto fantástica “burguesía nacional” que en teoría *debería* tener contradicciones irreconciliables con el imperialismo y la oligarquía, basándose en la sustitución de importaciones y el mercado interno, y con la cual el proletariado y los sectores populares oprimidos tendrían que articular un frente de clases quizá opuestas en lo *social* pero convergentes en su interés *nacional* (esta distinción ha sido, desde ya, fuente de confusiones gravísimas, a veces con trágicas consecuencias), para “completar” la revolución “nacional” iniciada

por el peronismo en 1946, antes de “profundizar” la revolución social (cualquier semejanza con cosas que se escuchan hoy en día es cualquier cosa menos casual): una teoría de las “etapas” que, bien paradójicamente, reconocía su origen –salvo para quienes eligieron *des-conocerlo* – en el más crudo estalinismo del muy gorila PC (y lo todavía más paradójico para nuestra discusión es que la historiografía “oficial” del PC codovilista era la línea “Mayo-Caseros”, que hacía de Rivadavia o Mitre grandes héroes de un capitalismo ascendente y objetivamente “progresivo”).

Como sea, este revisionismo-nacionalismo de izquierda a su manera repetía las limitaciones teórico-políticas de sus antecesores de derecha, aunque en cierto modo con menos excusas, puesto que estaban en un contexto histórico y político que debió prevenirlos mejor contra determinadas *proyecciones* del presente sobre el pasado. En efecto, en el medio había pasado el decenio peronista, y sobre todo –ya en las décadas del 50 y 60, que son *las* décadas del revisionismo de izquierda- la *resistencia* peronista, que fue una expresión –con todas las desviaciones que se quieran respecto de la “teoría pura”, como suele suceder en la historia real- de la *lucha de clases* en las condiciones particulares que ofrecía en aquel momento la Argentina (lo fue *mucho más*, ciertamente, que las “formaciones especiales” de los 70). Es decir: esas acciones más o menos espontáneas y clandestinas de una *lucha de masas*, mayoritariamente proletarias, en muchos casos autónomamente organizadas, en la cual, con mayor o menor conciencia, la consigna del *retorno del Líder* era un símbolo de la resistencia a la dictadura “fusiladora” de la fracción más recalcitrante de la burguesía pro-imperialista, mientras que para los Jefes –los dirigentes del PJ, la burocracia sindical, e incluyendo al propio Perón- era, como se demostró en 1973, una pura condición de *negociación* con las fracciones dominantes de la burguesía. Vale la pena, a este respecto, ver el estupendo y emocionante documental *Los Resistentes*, de Alejandro Fernández Moujan, donde muchos de los ancianos sobrevivientes de la Resistencia hablan sin pelos en la lengua de la “traición” de los dirigentes y del mismísimo Perón, sin por ello dejar de autotitularse “peronistas”. Una palmaria demostración de que si durante todo un período el peronismo *expresó* a la lucha de clases en la Argentina –como sostenía John W. Cooke-,

también la lucha de clases se expresó *al interior* del peronismo.

El revisionismo de izquierda tomó muy poco en cuenta esta dialéctica. En general, sus más conspicuos representantes persistieron en la teoría “etapista” según la cual aún estábamos en la etapa de un *frente* del proletariado y las masas populares con la (¿cuál?) “burguesía nacional”, cuya admitida “debilidad” podía ser apuntalada, y en el límite incluso *sustituída*, por el Estado y el Líder (en el caso de la izquierda nacional de Ramos también el Ejército nacional-democrático –otra vieja fantasía del PC- y hasta la Iglesia), que eran así imaginados –a la manera de un hegelianismo “acriollado”- por *afuera* y por *encima* de la lucha de clases. Esta configuración teórico-política *trunca* –que correctamente consideraba al *peronismo* una variable insoslayable de la política argentina, pero desconsideraba o al menos secundarizaba la lucha de clases *dentro* del peronismo- fue proyectada a *toda* la historia argentina anterior al peronismo. Es decir, ¡cuando ni por las tapas existía un proletariado industrial sindicalmente organizado como recién comenzó a conformarse ya entrado el siglo XX para alcanzar su masividad justamente con el peronismo, y al cual mal podía entonces convocárselo a un “frente de clases”! ¡Cuando no existía siquiera un Estado nacional claramente conformado bajo la hegemonía de la fracción dominante de una burguesía que apenas estaba en proceso de nacimiento (¿de qué otra cosa se trataron las luchas civiles desde 1820 hasta prácticamente la generación del 80?)! ¡Cuando *todas* las fracciones de esa incipiente burguesía razonablemente aspirantes a ocupar un rol hegemónico –entre las cuales *no* estaban, como no podían estar a causa del retraso del desarrollo de sus “bases materiales”, los caudillos del interior más empobrecido- ya habían decidido “jugarse” a la completa dependencia de un mercado externo dominado por Inglaterra (y lo habían “decidido” porque no tenían otra posibilidad dentro de las estructuras existentes, y no por alguna congénita “maldad” individual: eran “vendepatrias”, sí, pero tenían que *inventar* una “patria” para vender, y eso tuvieron que hacerlo con las condiciones objetivas que encontraron)!

Vale decir: tampoco el revisionismo de izquierda, dadas las premisas teórico-políticas e historiográficas de las que partía, estaba en condiciones de adoptar una perspectiva *estructural* que les

permitiera apreciar en toda su complejidad las condiciones materiales y las limitaciones igualmente *estructurales* de la lucha política por el “socialismo” (palabra que siempre estuvo más o menos presente en sus escritos, aunque también siempre definida –cuando se la definía- con extrema vaguedad) en un país como la Argentina. Con esto no estamos diciendo que no sirviera *para nada*: si pudimos rescatar, aunque fuera muy parcial y sesgadamente, alguna de las intervenciones del revisionismo de *derecha*, con mayor razón lo podemos hacer con el de *izquierda*, que al menos introdujo en el vocabulario revisionista-nacionalista algunos términos como “clase”, “lucha de clases”, “socialismo”, “proletariado”, etcétera. Sin embargo, este “rescate” es unilateral e insuficiente si al mismo tiempo no percibimos que la “traducción” política de sus limitaciones teóricas e historiográficas, y viceversa, la *retro-proyección* historiográfica de sus opciones políticas, tenían necesariamente que culminar en una plena *identificación* con el reformismo “bonapartista”, aunque fuera –como ocurrió en los primeros 70- con métodos presuntamente “revolucionarios” (el foquismo y la vanguardia armada, que son *elitismos* “revolucionarios” perfectamente compatibles con el reformismo, y aún –y quizá especialmente- con el nacionalismo de derecha: ¿o no fueron también, a su manera, “foquistas” urbanos agrupamientos como Tacuara o la Guardia Restauradora Nacionalista?).

Pero lo importante a retener es que, otra vez, si en los revisionistas de derecha pudimos ver nacionalistas burgueses *sin nación* y *sin burguesía*, en los de izquierda nos encontramos ahora con nacionalistas “populares” con una definición tan amplia y “policlasista” de la noción de *pueblo*, que indefectiblemente terminan jugando el juego de al menos alguna fracción de la burguesía, ideológicamente esfumada detrás del “Estado ético” no menos hegeliano e idealizado que el de sus antecesores de derecha. Y otro tanto vale para sus “héroes” históricos, entre los cuales, aunque parezca asombroso –y si bien, como dijimos, hay una mayor presencia de caudillos más populares como Artigas, Quiroga, Peñalosa-, sigue descollando Rosas. Con muchas mayores ambivalencias, sin duda, puesto que su figura presenta muchas dificultades para ser defendido desde una posición de sedicente “izquierda”; pero *en última instancia* es el “antiimperialista”

de Vuelta de Obligado, y en *última instancia* es el líder "gaucho" de las masas pobres de la provincia de Buenos Aires, y en *última instancia* es –aunque en algún caso como el de Ramos se le reconozca su interés objetivo en negociar con los ingleses- el "Bonaparte" (claro que una versión retrógrada, oscurantista, despótica e ideológicamente reaccionaria, pero "Bonaparte" al fin) que supo *mediar* entre los intereses del puerto porteño y el interior atrasado. Y que "objetivamente" representó un proyecto nacional-burgués radicalmente *diferente y opuesto* al que terminó triunfando en Caseros; y que entonces, con todos sus claroscuros, merece el papel *retroactivo* de fundador de una potencial "burguesía nacional" cuyo "proyecto" fue aniquilado para beneficio del Puerto liberal, que representaba el proyecto contrario, oligárquico y pro-imperialista.

Pero no. No es tan fácil.

4.

Hay una tercera corriente historiográfica que se preocupó de manera apasionada y rigurosa por develar las lógicas complejas de la historia argentina, y que el actual debate –como era previsible- ha optado por ignorar: la inspirada por un marxismo abierto y complejo, y cuya finalidad era la de desmontar los esquematismos duales y los maniqueísmos simplificadores que reducían la historia argentina a un enfrentamiento a muerte entre "ángeles" y "demonios". Esta corriente, por el contrario, se propuso demostrar que –fuera de manera consciente o no- ese "método" servía para *ocultar* que esa "batalla cultural" (y a menudo *muy* material, por cierto) era una confrontación "intra-hegemónica" *dentro* del mismo campo: el campo de las distintas fracciones de la clase burguesa dominante en formación, *todas* cuyas partes componentes *no tenían otra salida* (no se trata de las intenciones o las ideologías *individuales*) que el sometimiento –en mayor o menor medida, con mayores o menores tensiones y/o grados de "asociación"- al imperialismo entonces hegemónico en el *sistema-mundo*, el británico.

Esto vale *también* para Rosas, como luego lo examinaremos; anticipemos simplemente, por ahora, que *no es exacto* que con Caseros se haya *anulado* un proyecto nacional-burgués "auténtico", popular y antiimperialista a favor de lo contrario. Caseros –y no lo estamos minimizando, pero hay que ponerlo en su debido contexto- significó el triunfo de

una de esas "fracciones" sobre las otras. Los caudillos del interior, por su parte –aunque por muchas razones podrían caernos más "simpáticos" que los otros dos grandes bandos en pugna, el unitarismo y el rosismo- representan otra cosa, y esa "cosa" es una estricta *imposibilidad* histórica. Si bien también ellos podrían inscribirse como otra de las "fracciones" –la de los medianos terratenientes del interior empobrecidos por la competencia "desleal" de las mercancías europeas introducidas por el puerto de Buenos Aires, etcétera- el atraso e incluso la parálisis de sus pequeñas "industrias" artesanales las condenaban, más tarde o más temprano, a su *desaparición* como tal "fracción", en tanto "víctimas" de la lógica económico-social (y sus expresiones políticas) con las que estaba conformándose el país y la región *desde el virreinato del Río de la Plata*. Si en determinadas etapas del conflicto político se apoyaron en Rosas (sin mengua de que en otras, como sabemos, lo enfrentaron) fue porque resultaba el "mal menor", o por una posición defensiva frente al Puerto, bajo la esperanza utópica de *retrasar* lo más posible su ocaso histórico. Entonces, en este plano, no se trata de "simpatía" (que probablemente la tienen por comparación), ni de una adhesión *moral* a la representatividad más "popular" (que probablemente la tenían también) de esos caudillos, lo cual significaría nuevamente un reduccionismo *ad hominem*, por así decir. Se trata de discernir retroactivamente (eso, entre otras cosas, es "hacer historia") cuáles fueron las *fuerzas materiales* que estaban *realmente* en juego. Y también de discernir, en un segundo momento, qué significa ese primer "discernimiento" para los debates del presente.

Ahora bien: esta corriente historiográfica de la cual estamos hablando –y que genéricamente provino, con sus matices y diferencias internas, del trotskismo- no existía aún de manera sistemática en esos años 30 y tempranos 40 que presenciaron el ascenso del revisionismo histórico. No lo era ciertamente el "marxismo" del PC o del PS, que ya en esa época y aún antes (recuérdese su oposición "por derecha" a Yrigoyen, a quien identificaban como un "caudillo federal" bárbaro y demagógico) había optado por una versión suavemente "estalinizada" de la historia mitrista y la línea "Mayo-Caseros". Fue esa ausencia la que permitió que el revisionismo nacionalista de derecha (con los matices que hemos visto) tomara a

su cargo, casi en forma exclusiva, la impugnación de la *historia-Mitre*, con las serias limitaciones –no sólo ideológicas, sino propiamente historiográficas- que también señalamos. Es en este contexto, pues, que hay que entender las alusiones que hemos hecho más arriba a los “aportes” del revisionismo originario, y principalmente a su “introducción” del vínculo entre la historia del *pasado* y la política del *presente*. Pero en las décadas del 40, y sobre todo del 50 y 60 –vale decir, en el período de “recambio” del revisionismo de derecha por el de izquierda- aparecieron pensadores como Liborio “Quebracho” Justo, Luis Franco, y muy sobre todo Milcíades Peña –por supuesto completamente “ninguneados” en los debates actuales- que, para decirlo vulgarmente, “patearon el tablero” de aquellos binarismos que, en el fondo, ocultaban diferentes *versiones* de la “historia oficial”.

El caso de Milcíades Peña es especialmente importante para las polémicas actuales. Muchos de los que cuestionan la pertinencia actual del revisionismo –y por lo tanto, del Instituto Dorrego- lo hacen en nombre de las corrientes historiográficas que se consolidaron en los últimos 50 años (desde la historia social a la de las “mentalidades”, desde el estructuralismo a la “micro-historia”, desde la historia de las ideas a la etnohistoria, y así) y que se les aparecen olímpicamente *ignoradas* en la actual reedición del par opositor mitrismo / revisionismo. Pero nosotros estamos hablando precisamente de hace *medio siglo*, del momento de auge del revisionismo de izquierda, cuando ninguna de esas “nuevas historias” había aún aterrizado en nuestras pampas (la escuela de los *Annales*, que data asimismo de la década del 30, en los años 50 todavía era entre nosotros un “secreto de iniciación” de reducidísimos círculos). En aquel contexto, Peña fue un absoluto y asombroso *pionero*. Él fue el *único* que, repitamos, entre la segunda mitad de los 50 y la primera de los 60 (Peña murió trágicamente en 1965, a los 33 años de edad) construyó una interpretación marxista sistemática de la historia argentina –los siete tomos de la *Historia del Pueblo Argentino*³-, utilizando con pasmoso rigor y creatividad anti-dogmática los parámetros básicos del materialismo histórico, si bien apelando asimismo a bibliografía no-marxista de incontestable seriedad, y a un monumental volumen de documentación original y fuentes primarias. Con ese instrumental se aplicó en profundi-

dad a desmontar uno por uno los “mitos” tanto de la historiografía liberal como de la revisionista, de izquierda y de derecha. Esto es algo fundamental: como se sabe, ignorar a un pensador es sólo una manera de neutralizarlo: la otra es falsificar su pensamiento. En la defensa del “neorrevisiónismo” ensayada desde ciertos círculos oficiales a raíz de la fundación del Instituto Dorrego, se ha intentado “flexibilizar” la categoría de *revisionismo* para incluir en ella no sólo, digamos, a Abelardo Ramos (que, a decir verdad, nunca se reconoció plenamente en esa etiqueta, y por eso acuñó la de “izquierda nacional”), sino al mismísimo Milcíades Peña. Esta es una maniobra incalificablemente burda. Incluso los *auténticos* revisionistas tanto de derecha como de izquierda deberían –si no fuera porque la mayoría ya han muerto- sentirse ofendidos por el abuso, si tomamos en cuenta que fue una corriente de pensamiento que, aunque como dijimos no podía constituirse en alternativa radical, surgió mayormente en *oposición* al poder de turno durante la denominada “Década Infame”, mientras que su “reclutamiento” actual se hace desde el poder político. En el caso de Peña, que sí representó esa alternativa, aún cuando por comodidad quisiera seguir usándose el término –ya dijimos que cualquiera parece tener el derecho de apropiárselo-, habría que hablar en todo caso de un *meta-revisionista*, ya que no sólo se limitó a “revisar” la historiografía liberal, sino que fue el más implacable “revisionista” del *revisionismo*.

Por supuesto que de todos nuestros historiadores marxistas fue el más pasionalmente concernido por la “cuestión nacional” –en primer lugar, porque como debería ser obvio, hay peculiaridades y particularismos de las historias locales que no pueden ser alegremente disueltas en la abstracción de las grandes “leyes” históricas-. Pero con el objeto de demostrar que esa “cuestión” no había sido resuelta en Caseros, y que Caseros no había sido por sí mismo el impedimento para que la resolviera un Rosas que no hubiera podido resolverla aunque quisiera, y que no la habían resuelto tampoco ni Mitre, ni la generación del 80, ni el radicalismo ni el peronismo, y más aún, que no había posibilidad de resolverla dentro de los límites de un capitalismo dependiente y semicolonial que no había sido superado *nunca*, y que desde sus propios orígenes había estado imposibilitado de generar *ninguna* verdadera “burguesía

nacional”, y que en consecuencia *no* había solución posible para ella por fuera de un movimiento de las masas populares con la dirección de la clase obrera en pos del socialismo (como quiera que este se definiera). Hoy podrá haber quienes, por buenas o malas razones, discutan que esto último sea posible. Pero la demostración de Peña apunta a la conclusión de que, si es posible, sólo lo será de esa manera, y no mediante la alianza con ninguna improbable “burguesía nacional”.

No hay manera de ocultar, disfrazar, disimular o suavizar este posicionamiento histórico-político, que queda nítidamente planteado desde la primera página de su *Historia del Pueblo Argentino*, y que, se esté o no de acuerdo con sus conclusiones, Peña se dedica a argumentar con el máximo de rigurosidad teórica y “científica” durante las casi mil páginas siguientes. Pretender asimilarlo, pues, aunque fuese tolerantemente “por izquierda”, al revisionismo *tout-court*, o siquiera a la “izquierda nacional” en sentido estricto y estrecho (con la cual por otra parte Peña tuvo ríspidos debates) es amputarle desconsideradamente no sólo su enorme *originalidad*, sino –e igualmente grave o peor- su *diferencia* teórica, ideológica y política. Un viejo y cínico truco, que no vamos a dejar pasar. Nuevamente, no se trata de indignación “moral”, ni *solamente* de justicia con la memoria de un hombre como Peña –lo cual ya sería suficiente justificación-, sino de que si no hacemos honor a la *verdad*, al menos hasta donde nos es dado aprehenderla, mal podemos pretender “recuperar” nuestra historia para las luchas del presente (curiosa paradoja: manifiestamente el instituto de marras se funda para “rescatar” nombres “olvidados”... y entonces se lo somete a alguien como Milcíades Peña a un *doble* olvido: el que ya sufría, y el del recuerdo “olvidador” que deforma su pensamiento).

Establecido lo cual, pasemos al “meta-revisionismo” de Peña. Es obvio que no vamos a poder, en este espacio, siquiera aproximarnos a la totalidad de su obra. Me interesa, sí, establecer ante todo el *marco* en el cual hay que entender su interpretación de la historia argentina, marco que –ya lo dijimos- es *ajeno* a las dicotomías “heroicas” en la que encasillaron esa historia los mitristas liberales tanto como los revisionistas. Horacio Tarcus, atinadamente, lo ha llamado “pensamiento trágico”. Efectivamente, un pensamiento puede llamarse

trágico cuando advierte que la *realidad*, tal como está planteada, no deja salida a los sujetos que pugnan por acomodarse a ella. La “salida” es, entonces, *mítica* (o, si se quiere, puramente “ideológica” en el mal sentido), en la acepción que Claude Lévi-Strauss ha dado del discurso mítico, cuando lo define como un discurso que “resuelve” en el plano de lo imaginario las contradicciones que *no* se pueden resolver en el plano de lo real.

La historia “oficial” y el revisionismo, según la perspectiva de Peña, han hecho exactamente esto, más allá de su irreductible enfrentamiento. Han construido grandes narraciones míticas sin preguntarse por las *condiciones materiales* que pueden dar lugar –por supuesto que con las mediaciones y especificidades correspondientes- a tales relatos. Esas condiciones materiales, para nuestro caso, están establecidas desde el inicio, por el hecho de haber sido colonia española. Peña es implacablemente irónico con los “revisionistas” de cuño estaliniano (Puiggrós es aquí el paradigma) que creen poder inferir que porque España, en el momento de la conquista, es un país “feudal” (lo cual es en sí mismo discutible, al menos bajo una etiqueta tan gruesa y unilateral), entonces traslada mecánicamente sus estructuras a las colonias: “Perfecta deducción formal... y perfecto error”. No, España *incorpora* bruscamente a las colonias a un mercado mundial que ya está en pleno proceso de “acumulación originaria” de Capital. Por supuesto que se trata de un capitalismo todavía comercial y financiero, pero en una fase que –como demuestra Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*– pertenece ya a la *historia* del capitalismo. Las colonias, y en particular el Río de la Plata, *caen* en el capitalismo sin necesidad de haber atravesado la “etapa feudal” y desarrollar “internamente” su capitalismo como lo hiciera, digamos, Inglaterra. Pensar que *todas* las sociedades tienen que *necesariamente* “evolucionar” según las mismas líneas que los capitalismos “avanzados” es un formalismo abstracto totalmente antidialéctico, desatento al *desarrollo desigual* que, en todo caso, sí es ella una “ley” histórica empíricamente comprobable. De otra manera sería completamente incomprensible el hecho de que la potencia que nos colonizó haya sido precisamente *España*, que no solamente era una sociedad aún “semi-feudal”, sino un país –dice Peña con una interpretación genialmente audaz- él

mismo *dependiente y semi-colonial* (abastecedora de materias primas para las industrias europeas más avanzadas, y cuya economía interna estaba controlada *directamente* por extranjeros: básicamente, judíos y genoveses).

Ahora bien, no es *a pesar* sino *porque* España era "atrasada" en este sentido que nos conquistó. Necesitaba urgentemente –para no sucumbir ante la competencia de las potencias más avanzadas– "hallar algo que pudiera ser vendido en el mercado europeo con el mayor provecho posible", dice Peña citando a Bagú⁴. El objetivo de la colonización fue plenamente capitalista –aunque España no tenía una verdadera *clase* capitalista propia, una "burguesía nacional"–: "producir en gran escala para vender en el mercado (mundial) y obtener una ganancia". Eso fueron las colonias: una serie de *factorías*, de "fábricas" que España instaló *fuera* de ella, porque ella no las tenía ni podía desarrollarlas *adentro*. Desde luego que no eran "fábricas" capitalistas en el sentido moderno del término; pero eran *capitalistas*. Peña ironiza sobre las tesis "feudalizantes" de Puiggrós y otros revisionistas de izquierda: "(...) Entienden por feudalismo la producción de mercancías en gran escala con destino al mercado mundial, y mediante el empleo de mano de obra semiasalariada (Peña demuestra que la esclavitud y las relaciones "feudales" *en modo alguno* eran las relaciones de producción dominantes en el Río de la Plata, de modo que ni siquiera una concepción estrecha de unas relaciones de producción que no tomara en cuenta la escala mundial sería una objeción suficiente⁵) similares a las que muchos siglos después acostumbra levantar el capital financiero internacional en las plantaciones afroasiáticas. Si esto es feudalismo, cabe preguntarse con cierta inquietud que será entonces capitalismo"⁶.

Ahora bien, lo que sí nos "legó" España, a falta de su "feudalismo", fue la completa *impotencia* para generar una clase burguesa *nacional*, y por lo tanto obviamente para llevar a cabo ninguna auténtica revolución "democrático-burguesa" con base popular como la francesa o la inglesa (revolución burguesa que, en ese sentido, tampoco conoció nunca la propia *España*): "El poder real –el económico– de la sociedad colonial se hallaba en manos de las oligarquías terratenientes y comerciales hispano-criollas. La jerarquía burocrática de virreyes, gobernadores, capitanes generales, etcétera, tenía la misión de proteger los intereses de España (es decir, de la Corona y el comercio de

Cádiz), pero en la realidad de la colonia debía forzosamente oscilar entre esos intereses y los de las clases dominantes de la colonia; más de una vez debía aceptar sus exigencias en contraposición de los intereses de la metrópoli. Esa burocracia importada fue el *único* grupo social dominante a quien la independencia vino a liquidar"⁷. Y si pudo "liquidarla", en realidad fue porque España misma ya se había "auto-liquidado" entregando su "modernización" a Napoleón.

Es decir: al revés de lo que sucedió por ejemplo con la revolución independentista haitiana de 1791/1804 (la primera y la más *radical* de nuestras revoluciones anti-coloniales, donde fue la clase explotada por excelencia –los esclavos de origen africano– la que tomó el poder y fundó una nueva nación), la nuestra en cierto modo llegó desde *afuera* y desde *arriba*; fue en lo esencial una revolución *pasiva* en el más estricto sentido del término⁸. Una "revolución" que no voltea ninguna inexistente "monarquía absoluta" (la que había, la de la metrópoli, fue volteada por los franceses) y se limita a sacarse de encima una burocracia extranjera parásita que ya no cumplía función alguna, no es una *revolución*: no reemplaza el poder de una clase por el de otra, sino que simplemente deja a las *verdaderas* clases dominantes locales – las oligarquías terratenientes y comerciales criollas de las que habla Peña– donde siempre habían estado, sólo que con menores trabas. La "revolución" de Mayo no hizo más que consolidar lo ya existente: un capitalismo sin burguesía "nacional", totalmente dependiente del mercado mundial, con absoluta prescindencia de nada parecido –siquiera formalmente– a una "soberanía popular" ("La única soberanía que trajo la independencia fue la de las oligarquías locales sin el estorbo de la Corona"⁹), todo lo cual significó una "puesta al día" del Río de la Plata con la *única* salida posible para las clases dominantes en las condiciones de la época: su plena incorporación al mercado mundial y su subordinación sin intermediarios (la atrasada España ya hacía mucho que cumplía ese rol de intermediación con el mercado mundial) al capitalismo inglés.

Esta es, en definitiva, la explicación de por qué hablábamos de los revisionistas como de "nacionalistas burgueses" *sin* "burguesía nacional". El intento de demostrar *après coup* –como dirían los franceses– lo que *nunca* existió no soluciona nada, salvo

“míticamente” –y es un mito que se proyecta hasta nuestros días en términos claramente *políticos*-. Paradójicamente, como dice Peña, el intento del revisionismo de izquierda de “inventar” retrospectivamente una revolución burguesa y por lo tanto una “burguesía nacional” que *nunca* podía haberse originado espontáneamente *por fuera* de la dependencia del mercado mundial –vale decir, del imperialismo-, ese intento “no es más que la traducción y la reestructuración en términos (pretendidamente) marxistas de la tradicional novela de la historia oficial”¹⁰. Esto vale también, y quizá especialmente, para esa verdadera *coartada* –no hay otra manera de llamarla- de esa “traducción” que es el nombre de Rosas. Traducción *traidora* y deformante al punto de que ha terminado haciéndose de Rosas el emblema mismo del “federalismo”, cuando desde el punto de vista de las relaciones entre las provincias y el poder central, el gobierno de Rosas fue el más *unitario* y centralizado posible desde la declaración de la independencia. Como es perfectamente lógico, por otra parte: Rosas, en tanto representante de la burguesía agraria bonaerense –y el que desarrolló verdaderamente un “capitalismo agrario” cimentado en la alambrada y el saladero- necesitaba mantener el control del Puerto y la Aduana tanto como la burguesía comercial de la ciudad de Buenos Aires, puesto que era tan dependiente como esta de las buenas relaciones con Inglaterra¹¹. Lo que Rosas representaba *no era* –ni podía serlo: no es una cuestión de voluntad- una clase burguesa “nacional”. Esto no significa desconocer episodios defendibles como el de Vuelta de Obligado: sencillamente significa ponerlos en su debido *contexto* y no confundir “fetichistamente” la parte con el todo.

Pero esa *fetichización* es precisamente lo que ha hecho *tanto* la historia “oficial”, liberal-mitrista, como la revisionista-nacionalista. La primera ha transformado a Rosas en un Monstruo opresor (“la Esfinge del Plata”, lo llama Sarmiento en el *Facundo*), pero por supuesto sin poner en cuestión la *base económica* sobre la cual se asentaba tal “opresión”, que era exactamente la *misma* que la de los unitarios: la asociación con el imperialismo entonces dominante. El revisionismo *inventa* un Rosas “gaucho” y “nacional” (cuando no... ¡nacional y popular!) también pasando por alto esa evidencia palmaria, para no mencionar el despotismo oscurantista y católico-arcaico, la Mazorca, el genocidio indígena (es Rosas, mucho

antes que Roca, el iniciador de las “campañas del desierto” destinadas a “liberar” tierras para la ganadería). Es cierto que hay en Rosas una vertiente que hoy podríamos llamar “populista”, y que le valió un nada despreciable apoyo de masas; pero es un paternalismo despótico cuya finalidad es “limpiar” la pampa de gauchos libres y transformarlos en peones semi-asalariados, semi-serviles¹², además de “masa de maniobras” políticas. Como dice Waldo Ansaldi, “Se comprende así que, una vez alcanzado el poder, la dictadura rosista, a la que se llega usando la movilización de las clases subalternas, tenga su símbolo en la Mazorca, no en esas clases, otra vez condenadas a ser eso: clases subalternas”¹³.

Y es parcialmente cierto, también, que la propia naturaleza de sus mercancías exportables (la carne salada, básicamente), que podía venderse asimismo en Brasil o Cuba para alimentación de los esclavos negros, le permitía a la burguesía terrateniente bonaerense un relativo –*muy* relativo- margen de negociación con quien era, y siguió siendo siempre, su cliente principalísimo, el Imperio Británico. Pero, ¿basta esa pizca de autonomía completamente marginal frente a la masiva *dependencia* del imperialismo para fantasear con una “burguesía nacional”? Es pensar muy poco de la burguesía y de la nación, para no hablar de las “clases subalternas”. Completamos la cita de Ansaldi: “Se desvanece así la posibilidad de una dictadura revolucionaria nacional, como la que pide ese grupo de intelectuales y políticos sin partido y sin bases nucleado en la Asociación de Mayo (Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría), opuestos originariamente tanto a la facción federal como a la unitaria. El feo rostro de la avaricia terrateniente de Buenos Aires y el mezquino interés provincial, autonomista, de esta clase liliputiense por estructura y por visión, postergan la posibilidad de constituir una nación. Cuando ella sea real, el costo social (en su acepción más amplia) resultará demasiado alto en relación a sus logros”.

5. ¿Qué se pretende, hoy, con la promoción de un “renacimiento” del revisionismo histórico a través de un Instituto del Estado? Puesto que es imposible saber qué ideas pasan por la cabeza de los sujetos concretos que han tomado la decisión,

más bien la pregunta debería ser por qué *significa* “objetivamente” en términos de las “tácticas del presente”.

Es fácil –*demasiado* fácil- ironizar sobre los aspectos más anecdóticos. Sobre el hecho, por ejemplo, de que el designado director del Instituto sea un “intelectual” tan profundo y consecuente como Mario O’Donnell, cuya hondura analítica en materia historiográfica permanece a ras de la tierra, y cuya trayectoria “nacional y popular” es una broma de mal gusto a costa de radicales, menemistas o lo que venga. No tiene mucha importancia, salvo para preguntarse cómo es que el gobierno no pudo encontrar a alguien un poquito más “presentable”. Historiadores revisionistas con cierta mayor consistencia no faltan en el país; ¿por qué no aceptó formar parte del Instituto Norberto Galasso, por ejemplo? ¿Por qué no se lo ofrecieron a León Pomer? ¿por qué no al actual subsecretario de Derechos Humanos Eduardo Luis Duhalde, que tiene algunos atendibles textos “revisionistas” (sobre la Guerra del Paraguay, entre otros temas ríspidos) en su momento escritos conjuntamente con Rodolfo Ortega Peña, asesinado por las 3-A? ¿por qué no a cualquier otro intelectual *serio*, incluso de los cercanos al gobierno, ya que se postula –con razón- que la historia está estrechamente vinculada no sólo a la política, sino a la *memoria cultural* de la Nación, por así decir? ¿por qué, en lugar de un “decretazo” creando una nueva instancia burocrática con las complicaciones que eso implica, no haber creado, digamos, una dependencia de la Biblioteca Nacional, cuyo director, Horacio González, es un amplio conocedor de la historia cultural argentina? Más en general: ¿por qué se considera *necesario* un Instituto de esta naturaleza en *este* momento, en el que suena como una especie de extemporáneo anacronismo? Finalmente, no dejan de tener su *momento de verdad* -bien que entremezclado con lo que llamábamos “vanidad académica” y hasta con una cuota de “gorilismo” ideológico, y sin hacerse cargo de la *política* que ellos mismos hacen mediante su historiografía “científica”- los argumentos de intelectuales más o menos liberal-“progres” como Beatriz Sarlo o Luis Alberto Romero, cuando protestan por la exclusión de las nuevas corrientes historiográficas del último medio siglo (incluidas, faltaba más, las inspiradas por el marxismo¹⁴). ¿Por qué, entonces? No lo sabemos, y las explicaciones distan de ser claras.

Tenemos motivo, pues, para hipotetizar razones de índole *ideológico-político* bien *actuales*, bien ligadas a las “tácticas del presente”. Para decirlo breve y telegráficamente, la necesidad de reconstruir una *genealogía*, de volver a “inventar una tradición” (para decirlo con la ya canónica expresión de Eric Hobsbawm¹⁵), que establezca una *continuidad* y le de prestigio “histórico” a las políticas *actuales* de “conciliación de clases” bajo la (supuesta) tutela del Estado. Los mitos de la historia argentina revisados críticamente por Milcíades Peña entre otros –tanto el “mitrista” de una república liberal-democrática europeizada como el “revisionista”, especialmente el de izquierda, de una burguesía “nacional” con el que la clase obrera y los sectores populares podrían aliarse contra el imperialismo al amparo del Estado ético-benefactor, que es la versión que el Instituto aparentemente se propone reeditar (y para *toda* América Latina: la Presidenta festejó Vuelta de Obligado con una divisa punzó y la efigie de Rosas, mientras casi simultáneamente le regalaba a Chávez un ejemplar de *Historia de la Nación Latinoamericana* de J. A. Ramos: un interesante gesto “oscilatorio”¹⁶), y lo que nos interesa en este momento- se nos vuelven a presentar como los contendientes de una *batalla cultural* que no contempla otras líneas de fractura social y políticamente más *profundas*; esa “batalla” parece ser la *misma* que el actual gobierno libra contra sujetos como la “oligarquía terrateniente” y la “corporación mediática”, como si la historia *no* hubiera transcurrido y cambiado mil veces desde “Mayo-Caseros” (¿y no es una de las funciones centrales del mito –para insistir con Lévi-Strauss- la de erigirse en una “máquina de suprimir la historia”?). Como si hoy la “oligarquía terrateniente” fuera, en cuanto a sus intereses históricamente *objetivos* algo radicalmente *diferente* y para colmo *enfrentado* al capital industrial, comercial y financiero “mundializado”, y no tuvieran esas fracciones de la clase dominante proyectos estructuralmente *convergentes* más allá de las *divergencias* coyunturales por el “reparto de la torta”, por decirlo vulgarmente, manteniendo sin embargo la *lógica* fundamental, como hemos visto que lo ha analizado Peña desde *los inicios mismos* de nuestra historia “independiente”. Caseros, en este sentido, constituyó una *continuidad* de lo que representaba Rosas, con un cambio de elenco en cuanto a las fracciones de la clase dominante

más directamente beneficiarias. No es cuestión de minimizarlo, puesto que ese “cambio de elenco” costó miles de vidas. Pero tampoco es cuestión de transformarlo en un *mito fundante*, ya sea para ensalzarlo o para condenarlo, como si algo verdaderamente *radical* se hubiera transformado en la historia argentina con Caseros. Rosas fue la versión “proto-bonapartista” de una orientación oligárquico-burguesa asociada –con algunas ínfulas menores de “autonomía”– al imperialismo, versión que después de Caseros será “normalizada” mediante la eliminación de sus conflictos internos. No es de extrañarse que ese “mito”, creado como mito *negativo* por la historiografía mitrista, sea cada tanto “resignificado” como *positivo* por gobiernos que necesitan volver a *legitimar*, con las novedades correspondientes a los contextos cambiantes, la misma *matriz* político-ideológica. Con sus diferencias, matices y aún excepciones, esta tarea “cultural” ha estado casi siempre en manos del revisionismo, y no parece ser muy distinto hoy.

En suma: ¿Fue, el “revisionismo histórico” argentino, aún dentro de sus parcialidades y sus cambiantes improntas ideológicas, una reacción saludable contra el “mito mitrista”? Probablemente. Pero al mismo tiempo se inscribió plenamente, como inversión especular, en la misma *mito-lógica* mitrista. Poner la estatua de Rosas en lugar de la de Sarmiento, o la del Chacho Peñaloza en lugar de la de Mitre, puede ser un gesto ideológico-político que abra alguna polémica interesante, pero sigue siendo intentar resolver “imaginariamente”, por una operación de *exclusión* simétrica a la anterior, un conflicto *constitutivo* de la historia nacional. Como lo explica el ya citado Lévi-Strauss, el mito tolera perfectamente, y aún requiere, esas oposiciones binarias que representan contradicciones *formales* que justamente sirven para organizar el “orden” del discurso mítico: alto / bajo, cielo / tierra, animales que vuelan / animales que se arrastran, Sarmiento / Rosas, Mitre / Peñaloza. Lo que el mito no podría tolerar es el “núcleo traumático” de la lucha de clases, inasimilable como mera oposición, que *des-ordena* la elegancia simétrica de la estructura. Insistir en leer la historia argentina, hoy, bajo esa lógica de pares de oposiciones formales que se resuelven *solamente* (no decimos que esos símbolos no tengan su acotada importancia) en cambiar las estatuas y los nombres de las calles, en verdad no “resuelve” nada en lo *real*, porque efectivamente

ese “trauma” no tiene solución más allá de su expresión en *síntomas* de todo tipo.

Una lectura *sintomática* (como la que proponía Althusser) del *Facundo*, por ejemplo, podría demostrar que –independientemente del partido consciente que toma Sarmiento– la oposición *Civilización / Barbarie*, en efecto “sintomáticamente” articulada por una *y*, no polarizada en alternativas excluyentes por una *o* (¿Sarmiento “benjaminiano?”), esa oposición, decía, *no es* meramente formal: también ella representa proyectos políticos contrapuestos, “historias diferenciales”, cuyo *choque* irreconciliable –y no su yuxtaposición como pesos en la balanza del “equilibrio” formal– *constituye* a la historia argentina del siglo XIX (y sus prolongaciones posteriores, en distintas formas). Eso, para no abundar en la por momentos muy explícita *fascinación* que siente Sarmiento por la “barbarie”, casi como si lo que él quisiera fuera la “civilización” europea, sí, pero con el *barro* y *la sangre* de la “barbarie” americana, en contra del europeísmo blandengue, melifluo, “urbano” y más bien *kitsch* de quienes retratan a Facundo o quien fuere de levita y chistera, en lugar de con su poncho y su lanza tacuara. Una identificación fascinada que salta “sintomáticamente” en muchos *detalles* más o menos laterales de sus descripciones, aún las más aparentemente circunstanciales (el modelo de una lectura semejante lo tenemos mucho más cerca que Althusser, por cierto: véase por ejemplo el capítulo de *Literatura Argentina y Realidad Política* en el que Viñas lee un “síntoma” similar en las igualmente fascinadas y fascinantes descripciones de los ambientes rosistas en la *Amalia* del unitario José Mármol). El rescate que hace Peña de figuras como las de Sarmiento o Alberdi tiene que ver con esto. Más allá de las posiciones ideológico-políticas, por otro lado cambiantes, de cada uno de ellos, no se puede dejar de ver que, aún cuando su proyecto fuera desde ya el de una fracción de la burguesía (¿y qué otro podía haber en ese momento?) intentaron pensar la nación de una manera compleja, profunda y “trágica”, sin someterse a las dicotomías simplistas.

El revisionismo no fue capaz de hacer esto a fondo, por las razones que hemos visto. Su perspectiva al mismo tiempo espiritualista y *sustancialista* de lo “nacional” no les permitía ver que toda nación es una *construcción* permanente, y

que la *naturalización* del concepto de “nación” es un “invento” de la modernidad burguesa. Hay, sin embargo, un sustrato de lo “nacional” (en la acepción más amplia posible) que es *muy anterior* a las naciones en su sentido moderno-burgués, y que inconscientemente –por la mediación de la lengua y la cultura compartidas, pero también de la *materia “terrestre”* en la cual estamos inscriptos en tanto cuerpos- produce lo que se suele llamar una *comunidad*, o *comunitas*, o *ekklesia*, o como se quiera decir. No estamos diciendo que ella sea homogénea y cerrada: justamente porque no lo es, porque está atravesada por las fracturas sociales, la dominación y opresión de las clases dominantes que es la lógica misma de ese propio capitalismo que ha inventado la nación político-jurídica, hay momentos históricos en que la *comunitas*, no importa cuán culturalmente “plural” pueda ser internamente, siente que las clases dominantes le han *expropiado*, le han *enajenado* por la fuerza (incluida la fuerza ideológica, o lo que Gramsci llamaba la *hegemonía* cultural) su “materia terrestre”. Todo esto, que podría sonar poco “marxista”, puede leerse con todas las letras en la extraordinaria sección sobre las sociedades pre-capitalistas de los *Grundrisse*¹⁶. No hace falta ser propietario económico de un pedazo de tierra para sentir eso; más bien al contrario, *no serlo* agudiza el sentimiento de expropiación injusta: si no tengo más que mi cuerpo y mi fuerza de trabajo –si soy un *proletario*, en el sentido de Marx- soy *potencialmente* más consciente (para ese pasaje del *en-sí* al *para-sí* se tiene que dar todo un entramado de complejas circunstancias históricas, claro está) de que la *comunitas* ha sido expropiada, de que el *bien común* ha sido “privatizado” por las clases dominantes, *tanto* las “nacionales” como las mundiales –que a estos efectos son *las mismas*–: esta es la razón “antropológica”, entre paréntesis (aparte de las muchas otras razones propiamente históricas), por la cual se puede decir que *no existe* tal cosa como una “burguesía nacional”; la clase dominante, por definición, es *ajena* a, está *separada* de, la *comunitas*, del “bien común” que recién nombrábamos: ella sólo conoce el bien *propio*, que no es “común”. ¿Ese “bien común” tiene hoy el nombre de *nación*? Y bien, habrá que dar la pelea en ese terreno, hasta que lo cambiemos, y *en el camino* a cambiarlo, si fuera necesario, pero sin perder de vista esa “base material”. La “nación” se transforma

así –como sucede con la propia *lengua* para un Bajtín, por ejemplo- en un *campo de batalla*, en el escenario de una lucha por el *sentido* que esa palabra, “nación”, tiene para la *comunitas* y para su necesidad de recuperar la “materia terrestre” expropiada por los Amos, los de “afuera” y los de “adentro”. Pero un campo de batalla está en permanente *movimiento*, y no puede ser “normalizado” por un equilibrio de pares de oposiciones cuyos términos pertenecen a la *misma* lógica estructural.

El revisionismo, como ya lo dijimos, aún el más “crítico”, ha tendido a tener una visión *externalista* del imperialismo. Pero hay que tener claro –nos permitimos reiterarlo- que en el fondo ese “adentro” y ese “afuera” son *lo mismo*: siempre es la clase dominante *mundializada* apropiándose del “bien común” que es la nación. Esta es la crítica central e irrenunciable que fraternalmente hay que hacerle a los militantes y / o intelectuales “nacional-populistas” que confían demasiado en la existencia de “burguesías nacionales” con presuntos intereses contrapuestos con las burguesías “internacionales”, y por lo tanto se someten a unas políticas de “colaboración de clase” que a la corta o a la larga terminan reproduciendo la expropiación. Porque, si se acepta todo lo que hemos dicho antes, la conclusión necesaria es que solamente las clases desposeídas y oprimidas pueden representar auténticamente la *comunitas*; sólo ellas pueden ser consecuentemente “nacionales” en el sentido de capaces de recuperar el “bien común” para el conjunto de la *comunitas*. Y esto es así para *todas* las naciones. En este sentido es que no hay que abandonar el “internacionalismo”: las causas *nacionales* y las *internacionales* no se excluyen mutuamente, sino que entre ellas se establece una permanente *dialéctica en movimiento*. Esta es la posición *de izquierda* ante “lo nacional” que se debe sostener hoy, y mucho más frente a las falacias ideológicas igualmente expropiadoras de la llamada “globalización” (en verdad la *mundialización de la Ley del Valor del Capital*, como diría Samir Amin). Se debe recuperar, por qué no, aunque también redefiniéndola una y otra vez, la clásica consigna de la *unidad emancipada* de América Latina (y del mundo). Pero sabiendo que esa *emancipación* no la llevarán a cabo hasta el fin las clases dominantes, incluso las más pretendidamente “progres” (estén donde estén).

Notas al pie

- 1 Cfr. Zuleta Álvarez, Enrique: *El Nacionalismo Argentino*, Tomo 1, Bs As, Ediciones La Bastilla, 1975
- 2 Jacovella, Bruno: "La oligarquía, las ideologías y la burguesía", en *Nueva Política* del 3 de agosto de 1940, págs. 13-15 (citado en Zuleta Álvarez, op. cit. Págs. 458-59). De más está decir que Jacovella fue expulsado sumariamente de *Nueva Política* y tuvo que recalar en *Orden Nuevo*, el periódico de los Irazusta y Palacio –donde ya escribían, entre otros, Jauretche y Scalabrini Ortiz-.
- 3 Esos siete tomos fueron editados póstumamente entre fines de la década del 60 y principios de la del 70 por Ediciones Fichas (en homenaje a la revista *Fichas* que Peña había dirigido y escrito casi exclusivamente -con la colaboración ocasional de Jorge Schwarzer-, y donde originariamente aparecieron la mayoría de los capítulos de la obra total), hoy prácticamente inconseguible. Sus títulos son: "Antes de Mayo", "El Paraíso Terrateniente", "La Era de Mitre", "De Mitre a Roca", "Alberdi, Sarmiento y el 90", "Masas, Caudillos y Élités", y "El Peronismo: Selección de Documentos". Existe ahora, afortunadamente, una edición reciente en dos volúmenes: *Historia del Pueblo Argentino*, Buenos Aires, Ediciones Montevideo, 2010. Ediciones Fichas también publicó en su momento *La Clase Dirigente Argentina Frente al Imperialismo* (1973). Un libro indispensable para tener una visión de conjunto de la obra de Peña es el de Horacio Tarcus: *El Marxismo Olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- 4 Peña, Milcíades: *Historia...*, op. cit. p. 29
- 5 La bibliografía del debate sobre el "modo de producción colonial" ya se ha vuelto inabarcable, pero hoy ya casi ningún autor "serio" dudaría sobre el carácter capitalista de las colonias. Nos tomamos el atrevimiento de remitir al lector interesado al intento de síntesis que esbozamos en nuestro libro *La Oscuridad y las Luces. Cultura, Capitalismo y Revolución*, Bs As, Edhasa, 2010.
- 6 Peña, op. cit, p. 33
- 7 *Ibid.*, p. 44
- 8 Una vez el antropólogo e historiador Blas Alberti –que pertenecía a la izquierda nacional- me dijo algo muy sugestivo: "La diferencia entre Francia y la Argentina es que ellos saben quién hizo su revolución; nosotros todavía no".
- 9 Peña, op. cit., p. 52
- 10 *Ibid.*, p. 49
- 11 Cfr., para todo esto, Peña, Milcíades: *El Paraíso Terrateniente*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1972
- 12 Puede leerse una descripción extraordinaria –tanto desde el punto de vista literario como del análisis "sociológico"- de las relaciones sociales en las estancias rosistas en Franco, Luis: *El Otro Rosas*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1968
- 13 Ansaldi, Waldo: "La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel de Rosas", en *Crítica y Utopía* No. 5, Buenos Aires, Clacso, 1984, p. 86
- 14 Halperin Donghi, por cierto, ha sido mucho más discreto, y uno puede especular por qué motivos. De todos modos, las irreductibles diferencias que tenemos con su perspectiva teórica e historiográfica no debieran impedirnos decir que algunos de los impulsores del Instituto Dorrego han sido manifiestamente injustos con él al "ningunearlo" como *solamente* un ideólogo de *La Nación*, o algo así.
- 15 Cfr. Hobsbawm, Eric: "Introduction: Inventing traditions", en *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983
- 16 Que la máxima mandataria se revista de la emblemática "mazorquera" pocas semanas antes de que el Congreso vote la llamada "ley antiterrorista" no deja de ser una simbología inquietante, sobre la que nos privaremos de abundar aquí.
- 17 Marx, Karl: *Grundrisse*, Mexico, Siglo XXI, 1973



Discurso sobre la multiplicación de los panes (la pobreza) y los panteones (los héroes)

por José César Villarruel (Profesor Titular Consulto /UBA)

“Fama, esa diosa tan codiciada, posee varios rostros, y la fama viene en muchas formas y tamaños: desde la notoriedad de la historia principal de alguna revista que dura una semana hasta el esplendor de un nombre que perdura para siempre. La fama póstuma es uno de los artículos más raros y menos deseados de la Fama, a pesar de que es menos arbitraria y a menudo más sólida que los otros tipos, dado que sólo rara vez se concede como mera mercancía. El que más pudo ganar está muerto y por lo tanto, no a la venta.”
Hannah Arendt. Hombres en tiempos de oscuridad.

Una extensa literatura se ha inclinado desde la antigüedad greco-romana a los estudios de largo período en ocasión de la formación de los Estados y de los análisis de coyuntura en relación a las crisis políticas. Conforman una trama íntima con ese modelo los diferentes tipos de liderazgo que corresponden a las formas de gobierno, a la presencia de un individuo colectivo que, abandonando sus condiciones particulares, se proyecta sobre el escenario de la historia universal. Heródoto escribía aprisionado por la ausencia de categorías para aprehender las perspectivas más generales en tanto que Tucídides en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* ya razona en dirección de una epistemología¹. El pasaje hacia estructuras sociales y políticas más comprensivas recién se realiza en tiempos de Polibio. Allí, asoma una filosofía que acude a la interpretación de la totalidad del mundo mediterráneo donde desaparece el registro de la vida episódica de los pueblos en favor de la comparación y la confrontación que permite una comprensión en la unidad de cada uno de ellos. En este espacio ampliado por la hegemonía romana surgirán otras preocupaciones que ya se habían esbozado en *La República* de Platón escrita en torno de 395 a.C.: las condiciones cíclicas del tiempo que se descubren en el pasado, permiten enunciar un futuro en la degradación de las estructuras

de gobierno a las que no son ajenas la Fortuna o, si prefiere, el azar o el destino en el obrar de los hombres de acción que ya se presentan como un núcleo esencial en la explicación de los hechos.

Estas inquietudes de la antigüedad clásica fueron reelaboradas durante el renacimiento italiano en ocasión de las reflexiones de Maquiavelo sobre la estructura del Estado y del gobierno y tampoco son ajenas a Montesquieu. En cuánto a la cuestión de la función de los grandes hombres en la historia, su exposición sistemática fue encarada por el idealismo alemán, en particular, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) en *La Fenomenología del Espíritu* (1807) y en *La filosofía de la historia universal* cuyo manuscrito se remonta a 1830 y su edición póstuma a 1837. Para el propósito de estas notas el interés sobre la influencia de Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) se destaca sobre el restante autor de esta tríada, Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling (1775-1854) pues reduce la realidad existente a una cuestión espiritual e incursiona en una teoría educativa que acarrearía consecuencias políticas inmediatas y que, muy tempranamente, derivarían en el nacionalismo y en la cuestión del Estado prusiano.

Los catorce *Discursos a la nación alemana* escritos por Fichte, entre 1807 y 1808 durante la ocupación francesa de Berlín, brindaron la ocasión no sólo

para denunciar el alejamiento de Napoleón del Iluminismo y de los postulados de la revolución francesa sino, además, para apelar a la acción patriótica tras la batalla de Jena que sepultó la estructura de dominación germano-prusiana que aún no se había cristalizado en un Estado. La lectura de Hegel de aquellos acontecimientos es opuesta pues concluye que no se trata de una sencilla derrota sino del nacimiento de una nueva época, una "forma" que aún no ha logrado su apogeo aunque ya expresa un futuro posible. El contenido de la historia universal es el despliegue de la consciencia de la libertad. En tanto que el "espíritu universal", ahora encarnado por un Napoleón a caballo, inaugura una época inédita en su organización social que es necesaria y racional, por tanto verdadera. Son las figuras o los "individuos históricos" que obran como medios de realización de la idea.

Los grandes individuos en la historia universal son, pues los que aprehenden este contenido universal superior y hacen de él su fin; son los que realizan el fin conforme al concepto superior del espíritu. En este sentido hay que llamarlos héroes. No hallan su fin y su misión en el sistema tranquilo y ordenado, en el curso consagrado de las cosas. Su justificación no está en el estado existente, sino que otra es la fuente de donde la toman, Tómanla del espíritu, del espíritu oculto, que llama a la puerta del presente, del espíritu todavía subterráneo, que no ha llegado aún a la existencia actual y quiere surgir, del espíritu para quién el mundo presente es una cáscara, que encierra distinto meollo del que le corresponde. (...) El fin verdadero es exclusivamente aquél contenido al cuál el espíritu interno se ha elevado mediante su absoluto poder; y los individuos que cuentan en la historia universal son justamente aquellos que no han querido ni realizado una mera figuración u opinión, sino lo justo y lo necesario, y que saben que lo que estaba en el tiempo, lo que era necesario se ha revelado en su interior.²

Johann Gottlieb Fichte transforma la idea kantiana del clásico derecho de gentes europeo y del proyecto de una confederación de Estados para el continente. El concepto de la guerra evoluciona desde un conflicto entre enemigos hacia una contienda nacional que actualiza el subsuelo, aún visible, de las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII. La dis-

persión y la heterogeneidad de los estados alemanes son sustituidas por una nación idealizada.

Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz (1780-1831), ayudante de campo en la batalla de Jena, y Fichte son hasta cierto punto contemporáneos. Sus preocupaciones no divergen pues la teoría de la guerra implica una educación que recorre las páginas del *Discurso a la nación alemana*. El tratado *De la guerra* escrito entre 1816 y 1830, publicado póstumamente en 1833, analiza la táctica, la estrategia y la filosofía de los conflictos armados. Uno de sus capítulos se titula "La Nación en Armas". Uno de sus lejanos discípulos, Wilhelm Leopold Colmar Freiherr von der Goltz (1843-1916), que alcanzó importante influencia en el Grupo de Oficiales Unidos de la revolución de 1943 en la Argentina, publicó en 1883 *La Nación en Armas* o más exactamente *El Pueblo en Armas*. Una nación debe apelar a todos sus recursos humanos, económicos e ideológicos si desea evitar una derrota, más aún, siempre debe estar en condiciones de atacar a sus enemigos. Este nacionalismo no es ajeno a la antigua prédica de Fichte, tan lejana de la unificación alemana, que también expone un programa para contribuir a la formación de un ejército esforzado y dispuesto a los mayores sacrificios en defensa de su identidad.

Hasta ahora la mayor parte de los ingresos del Estado se habían empleado en el mantenimiento de ejércitos regulares; ya hemos visto el resultado de la utilización de estos ingresos; es suficiente; penetrar más profundamente en las causas específicas de este resultado a partir de la organización de tales ejércitos no entra dentro de nuestros planes. Por el contrario, el estado que implante en su territorio la educación nacional propuesta por nosotros, no necesitará ningún ejército especial, sino que a partir del momento en que una generación juvenil se haya formado en ella, tendrá en ellos un ejército como no se ha visto nunca. Cada individuo estará perfectamente entrenado para cualquier posible utilización de su fuerza corporal y soportar todo tipo de esfuerzo y fatiga; su espíritu formado en la intuición directa le asistirá siempre; en su ánimo vivirá el amor al todo del cual es miembro, al Estado y a la patria, amor que anulará cualquier otro sentimiento egoísta. El Estado podrá llamarlos y ponerlos en pie de guerra siempre que quiera y

pueda estar seguro de que ningún enemigo los derrotará. (...) Mediante nuestra educación, el Estado recibe una población trabajadora acostumbrada desde su juventud a reflexionar sobre sus asuntos, y que tiene capacidad e inclinación a valerse por sí misma; y si además el Estado sabe ayudarles en forma conveniente le entenderán a la más mínima insinuación y aceptarán agradecidos su enseñanza. Todos los sectores de la economía alcanzarán en corto espacio de tiempo y sin gran esfuerzo una prosperidad como jamás se ha visto antes....³

Thomas Carlyle (1795-1881), historiador y ensayista influenciado por Fichte respecto de la relación entre lo real y su apariencia sensible, publicó en 1837 una *Historia de la Revolución Francesa* en tres volúmenes: *La Bastilla*, *La Constitución* y *La Guillotina*. A la par de las clases populares aparece el líder que orienta las tensiones de la sociedad. Se trata de una obra conjetural donde domina la literatura por sobre la cuestión a estudiar. Según su traductor, Miguel de Unamuno, Carlyle expresa ideas de extremada pobreza, y nada originales aunque el lenguaje y el estilo literario se adecuan a la tensión que exige la narrativa de la tragedia⁴. En 1841 editó una serie de conferencias donde insistía en la antigua explicación de la historia como tarea de los grandes hombres. La producción social de esa trama colectiva se reducía a los afanes de quienes por sus condiciones consagraban su liderazgo sobre una sociedad y una época. En *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, brinda una tipología hasta cierto punto sintética muy a pesar de los seis relatos que presenta. La diversidad de cada uno de los ejemplos no impide condensar en una misma categoría a los héroes que son iguales en su naturaleza a pesar de las diferencias entre uno y otro tipo. Si bien compara semejanzas y distancias del héroe que surge de la mitología o del pensamiento religioso y los que proceden de la literatura, de las tragedias políticas o de la organización de los Estados, se advierte en el grueso de la obra un análisis que se desliza con más intensidad en dirección de las creencias religiosas. Odín en la cultura escandinava, Mahoma en el mundo musulmán, Martín Lutero entre los protestantes y John Knox por los puritanos. Razona señalando que los dioses remiten a tiempos heroicos mientras que los mediadores del culto, los profetas y reformado-

res son, a la vez, sacerdotes y guerreros. En la exposición de Carlyle los poetas y literatos expresan otras tantas formas que corporizan a los héroes. En ellos también domina un retorno hacia un pasado que obra como un subsuelo de obligada y permanente referencia de los tiempos sin historia. Dante expresa la sublime representación del espíritu de la cristiandad mientras que Shakespeare trasunta la vida exterior de la Europa moderna cuándo desaparecía la caballería y otras prácticas y modos de obrar la reemplazaban. Uno y otro autor poseen una semiología de la luz, un obligado contraste entre el profundo fuego interno del mundo que abriga la *Divina Comedia* y la vida práctica de la modernidad, esa existencia exterior que también desciende de la edad media. El contraste entre el mundo interno tan solo alumbrado y el externo iluminado por el Sol ilustran una metáfora del cambio social. La idea de una antigua aunque presente "Alma Heroica" ofrece la oportunidad de una afirmación que subyace en el culto a los "grandes hombres": lo espiritual *determina* lo material. El Héroe expresa con sus actos y palabras la verdad y lo eterno que se oculta a quienes reparan en lo trivial y temporal. A menudo sufrieron la derrota o el fracaso de sus esfuerzos viviendo en "amargas circunstancias, luchando bajo montañas de obstáculos". Sea el crítico literario Samuel Johnson, el "¡ *Ultimus Romanorum* ¡"; según el homenaje de Carlyle, el poeta escocés Robert Burns o Jean-Jacques Rousseau. La última forma del heroísmo que condensa y amplía a las anteriores corresponde a un arquetipo, el "Hombre Capaz". En los períodos de rebelión cuándo la monarquía declina y es abolida resurgen nuevamente los tiempos remotos y los últimos grandes hombres, Cromwell o Napoleón, contribuyen a sepultar la realeza para reestablecerla y concluir, así, consigo mismos y su propia época. La aspiración por descubrir en un pasado legendario la primera filiación del héroe remite a una mitología y un cuerpo de creencias que explican las cuestiones básicas del relato. La obra de Carlyle sintetiza una estrategia, aquella dónde la historia es un conjunto de biografías. A la vez expresa, no sólo por su desdén hacia la democracia o sus elogios de la sociedad feudal, una continuidad con la expansión de las interpretaciones liberal conservadoras y del empirismo político iniciadas por Edmund Burke en 1790 con *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*.

La zaga de Manuel Dorrego: confinado, desterrado, fusilado

La fundación del Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego no es un homenaje al antiguo gobernador federal de Buenos Aires si se recuerda que su intervención colaboró para frustrar el proyecto de la empresa Minning Association, fundada en Londres en 1824, avalada por la banca inglesa Hullet para explotar minas en la Argentina, entre ellas el Cerro de Famatina en La Rioja, de acuerdo con la autorización del gobernador Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, presidente del directorio de esa compañía. Los conflictos de hoy día originados en los proyectos de la empresa canadiense Osisko, amparada por el gobierno provincial, expresan una coyuntura histórica opuesta a la defensa del patrimonio del subsuelo y la preservación del medio ambiente en la Argentina. Facundo Quiroga no permitió la explotación que precipitó la quiebra de la compañía a pesar de la ley nacional de febrero de 1826 por la cuál las minas son declaradas propiedad nacional.

Manuel Dorrego publicó en 1827 la correspondencia del presidente Rivadavia con la Banca Hullet revelando los intereses personales con los aquél había actuado. Hacia el segundo semestre de ese mismo año, en ocasión de la demanda de la Minning para recuperar sus gastos, denuncia el engaño y la especulación de unos y otros. Casi dos siglos más tarde, durante el fin de año 2012, los pobladores de Famatina no han cesado en sus protestas impidiendo el paso de maquinaria pesada de la empresa canadiense Osisko interesada en explotar la región del Cerro. Ocupan una posición estratégica que impide el acceso a la región montañosa. En tanto la compañía Barrick Gold⁵, cuya casa central se encuentra en Toronto, inició su explotación en Chile en 1994 hasta penetrar, en territorio de la Argentina, instalando la mina Pascua-Lama a 4000 metros en la provincia de San Juan para extraer oro, plata y plomo⁶.

Entre otros objetivos, la idea del Instituto es "reivindicar a Manuel Dorrego y a quienes sostuvieron en los países iberoamericanos una posición nacional, popular, federal y americanista, frente al embate liberal y extranjerizante de adversarios e intereses que pretendieron relegarlos en la memoria colectiva" (*Tiempo Argentino*, 11 diciembre

2011). Caramba... ¿acaso se trata de la presencia de un double bind donde un mensaje es negado por su opuesto? ¿O la megaminería no es un modelo extranjerizante de los recursos naturales y del futuro de los ecosistemas? El doble vínculo parece de solución pues se trata de un dilema aunque, a la vez, funciona como una excelente forma de control en tanto funda una confusión. "¡Sé espontáneo! Es una orden". Gregory Bateson y su equipo introducen este concepto en ocasión de sus investigaciones sobre la esquizofrenia. Habían asistido durante períodos extensos a veteranos de la Segunda Guerra Mundial postraumáticos en los que detectaban confusiones en la expresión de su pensamiento. La epopeya antiliberal y nacional no se condice con su enunciado en sentido estricto pues se trata de una paradoja en tanto afirmación que parece verdadera pero es falsa. *Hic Rodhus, hic salta*.

Otra de las cuestiones a tratar por el Instituto se refiere a la reivindicación del protagonismo de los sectores populares y la participación femenina, superando el criterio que los "grandes hombres" deciden los hechos e investigando, al mismo tiempo, la vida y la obra de personalidades y acontecimientos históricos que carecen de un reconocimiento adecuado en medios académicos y revisando el sentido que les adjudicó la "historia oficial" de los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX. Una vez más el rechazo de la explicación de la historia por acción de los héroes se precipita en ella. Si se apela a la exposición biográfica el listado promete ser extenso: Artigas, Quiroga, Dorrego, Bolívar, Rosas y "demás caudillos, tachados de autoritarios, por movilizar a la plebe inculca y resistir la apertura de estas regiones a los capitales "civilizadores" (*Tiempo Argentino, idem*). La simple enumeración indica que la teoría de la historia subyacente a estas propuestas no escapa al culto de la personalidad que ya se había expresado con la historiografía liberal y con la Academia Nacional de la Historia que ha sido su fiel continuadora. Hoy, el tiempo ha consumido el relato de esos héroes de bronce imaginados por Mitre que continuará a resguardo de la crítica pues al médico psiquiatra ungido director del Instituto no le interesa desarrollar la crítica de esa singular historiografía. El discurso oficial rebela una particular cosmovisión a la hora de intentar afirmarse en una Teogonía, un origen y un nacimiento,

desde dónde recrear la unidad de lo múltiple y lo diverso y contribuir a la confusión recreando presuntas tendencias evolutivas. Si el laberinto de Mayo-Caseros, ensayado por los criminales de una población abierta en el Buenos Aires de 1955 y los fusileros de 1956, es un absurdo otro tanto ocurre con el pragmatismo político de un ex-presidente desterrado que adopta a Rosas y los caudillos federales. Ambas genealogías distan de ser consistentes. Si apelamos a la historia de largo período habrá que subrayar que las categorías que permiten analizar el pasado no son homogéneas entre sí por cuánto se refieren a sociedades y estructuras económicas heterogéneas.

La vida aparente no es un sinónimo de “la vida histórica”. La respuesta de un sector de historiadores que, desde 1984 se erigieron en jueces y censores de la docencia e investigación, traduce la propia imagen de sí mismos. Se reconocen en el espejo. Las consecuencias teóricas de ésa afirmación escapan a estas notas. Su reciente manifiesto que ensalza las propias virtudes y condena la ignorancia ajena reproduce la antigua práctica de denigrar al “otro” para constituirse como individuo o grupo. No se oculta la visible despoblación que se advierte en las filas de esa declaración, una evidencia de las fracturas y luchas por nuevos liderazgos. En tren de evitar equívocos es necesario acudir al ejercicio de la memoria social para observar cómo una lógica de grupo, conformada desde los centros privados sostenidos por el financiamiento internacional durante la última dictadura, se parió a sí misma en la condición de árbitro de las agencias de ciencia y técnica que les permitió concentrar recursos para ampliar una clientela que accedió con éxito a becas, concursos, ingresos a la carrera de investigador científico o a los doctorados. Esta política de exclusión obligó a emigrar a legiones de investigadores a otras Escuelas/Departamentos de historia, ya sea, como docentes o aspirantes a un postgrado. El juicio que suscitan las condiciones éticas e intelectuales de los miembros de esta corporación no oculta una identidad que se define mucho más por el grado en que accedieron y explotaron condiciones institucionales favorables en los primeros años de la transición institucional de la Argentina y se mantuvieron cómo comisarios políticos de la historiografía. Esta conclusión impone una lectura de la política

científica mucho más profunda e indica, por lo menos, un proceso de democratización fracturado y desfavorable a la igualdad y la equidad. Roland Barthes ha señalado la diferencia que opone la Carta (de nobleza) a la Cifra (de fortuna), el pergamino al registro, el índice al signo. La invención de los linajes, de las virtudes individuales o de grupo, una activa incursión por el espacio público, el elogio del sí mismos subrayando distancias y diferencias, el interés por sostener jerarquías, la vanidad traducida en propaganda de las virtudes y la falsa autoconciencia de estos grupos sociales, alimentaron una arbitrariedad que ha sido rechazada en forma constante, aún en condiciones políticas muy débiles de quienes no comulgaban con estas prácticas académicas. La defensa de los honores, de las posiciones de prestigio y de las propiedades carece de límites: desnuda el rechazo a la equivalencia. Tal vez por ello, la existencia académica colectiva no formó un campo intelectual en sentido estricto y hoy, tal como se desprende de estas curiosas declaraciones, las denigraciones y los oportunismos revelan un estilo de los debates que, a pesar de ello, no impiden la producción y circulación de cuestiones sensibles tanto a la historia como a la teoría pues la crítica responsable no es un sinónimo de la descalificación sino, por el contrario, la condición propia del conocimiento.

Notas al pie

- 1 “(E)l discurso histórico de Tucídides, al tender a una demostración explícita, va a esforzarse, por el contrario, en mantener determinaciones exactas y asegurar la inteligibilidad del devenir por el uso de determinados conceptos reuniendo en ellos de una manera clara los caracteres más generales de la acción histórica”. Châtelet, François. *El nacimiento de la historia*. México. Siglo XXI. 1978, p. 137.
- 2 Hegel, Georg Wilhelm F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal (I)*. Barcelona. Ediciones Altaya. [1928]1997, pp. 91-92. Traducción y advertencia José Gaos. Prólogo: José Ortega y Gasset. Primera edición Revista de Occidente según la versión alemana organizada por G. Lasson sobre el manuscrito original de Hegel de 1830 y de varios cuadernos de apuntes de alumnos de diversos años. Esta Otra edición realizada por Carlos, hijo de Hegel, en 1840 y reproducida en 1907 por Fritz Brünstad ha sido traducida al castellano como *Filosofía de la Historia*. Barcelona. Ediciones Zeuz. 1970. Preámbulo de D. José María Quintana.

- 3 Fichte, Johann Gottlieb. *Discurso a la nación alemana*. Barcelona. Ediciones Altaza. 1998, pp. 192-193.
- 4 Robles, Laureano. "Unamuno traductor de Th. Carlyle". *Revista de Filosofía*. 1995. N° 10, p. 19.
- 5 La exploración minera se remonta a 1977 cuando geólogos de Compañía Minera San José, filial de St. Joe Minerals, recolectaron muestras geoquímicas de la superficie y llevaron a cabo mediciones geofísicas. La compañía australiana Bond Gold International adquirió CMSJ a fines del año 1987. Dos años después, Bond Gold Internacional y sus activos en Chile fueron adquiridos por la compañía canadiense LAC Minerals Ltd. El programa de exploraciones continuó y en 1993 LAC comenzó estudios de línea de base ambiental y de factibilidad. En 1994, Barrick adquirió los activos de LAC. Era un yacimiento pequeño, con menos de 2 millones de onzas de oro y confinado al territorio chileno. En la década de 1990, la empresa continuó con las exploraciones, extendiéndolo a territorio argentino y aumentando las reservas hasta que, a fines de la década, llegó a ser uno de los proyectos de oro más grandes del mundo. Se le llamó Pascua-Lama para reconocer su carácter binacional. El Tratado de Integración y Complementación Minera fue ratificado por los gobiernos de Argentina y Chile el año 2000, lo que facilitó el desarrollo de la minería a través de la frontera. En 2001 las autoridades chilenas aprobaron el Estudio de Impacto Ambiental (EIA) que presentó la empresa Barrick, pero debido a condiciones externas la iniciativa se postergó hasta 2004, cuando se retomó la idea de desarrollarla. El nuevo Estudio de Impacto Ambiental fue aprobado en Chile a mediados de febrero de 2006, de acuerdo con la Resolución de Calificación Ambiental (RCA) 024/2006; mientras que el Informe de Impacto Ambiental (IIA) en Argentina se aprobó el 5 de diciembre de 2006. http://www.barricksudamerica.com/proyectos/pascua-lama_informacion.php
- 6 En el 2011, la directora de Políticas de Greenpeace, Eugenia Testa, fue detenida por la policía sanjuanina por participar del corte al acceso de las minas Veladero y Pascua Lama, en ocasión de exigir la plena aplicación de la Ley de Glaciares, demorada por el gobierno nacional a causa de medidas cautelares presentadas por la compañía minera. El arresto de Testa fue ordenado por el Juzgado de la Segunda Circunscripción de Jacha, por "infracción al artículo 194 del Código Penal que pena el entorpecimiento del transporte público". Además, la policía de San Juan intimó a los restantes activistas a desalojar la ruta.

El revisionismo histórico como ideología gubernamental*

por Cecilia Feijoo y Alicia Rojo

Por decreto el gobierno creó días pasados el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego, con el fin, entre otros, de "reivindicar" a los que "defendieron el ideario nacional y popular ante el embate liberal y extranjerizante", como el caudillo que da nombre al instituto junto con otros como el Chacho Peñaloza, Felipe Varela, Facundo Quiroga, hasta Yrigoyen y Perón, además de San Martín, O'Higgins y Martí. Dicen que el Instituto también "prestará especial atención a la reivindicación de la participación femenina" y "reivindicará la importancia protagónica de los sectores populares, devaluada por el criterio de que los hechos sucedían sólo por decisión de los 'grandes hombres'". La creación del Instituto generó gran revuelo por lo que su director, Pacho O'Donnell, salió a explicar por los medios cuáles son las intenciones del gobierno con esta medida exponiendo la relación entre la historia que se pretende reivindicar y el "modelo" kirchnerista: "aquella batalla de Obligado de 1845 se ganó, pero en cambio se perdió la batalla de Obligado del venal endeudamiento externo, la batalla de Obligado de la venta a precio vil de empresas públicas estratégicas. Y hoy se está combatiendo en Obligado para independizarnos de la férula asfixiante del FMI. Porque Obligado es la metáfora a cañonazos de la trágica y persistente alianza de sectores de la dirigencia argentina, en beneficio personal, con poderosos intereses foráneos, en perjuicio de las grandes mayorías populares". Casi un chiste todo esto era dicho por un



ex funcionario menemista que hizo todo eso que hoy dice enfrentar.

El kirchnerismo ha hecho una utilización abierta de cierta historia para sostener su proyecto político. La "gran fiesta del bicentenario" fue un ejemplo de ello. Allí un conjunto de historiadores se pusieron al servicio de componer una visión de la historia que retomaba el hito de Mayo, los ideales de Moreno y Monteagudo, y nos recordaron las diferencias con los festejos del Centenario, cuando sólo la oligarquía festejaba mientras los trabajadores debían enfrentar al gobierno para expresar sus demandas y recibían a cambio represión, en una visión que no dejaba de ser ecléctica y que estaba lejos de rescatar los aspectos más progresivos del proceso histórico. Pero hace pocos días, la presidenta apareció en el acto de recordación de la batalla de Vuelta de Obligado, en el Día de la Soberanía, con una divisa punzó con la imagen de Rosas y ensalzó las figuras del caudillo y de su esposa Encarnación Ezcurra, "esa gran mujer ocultada por la historia, verdadera inspiradora de la Revolución de los Restauradores". Ahora no es la Revolución de Mayo que rompió cadenas con España sino la llamada "Revolución de los Restauradores", que asentó en el poder a Juan Manuel de Rosas, el eje del discurso ideológico de la presidenta.

El revisionismo: ¿nacional y popular?

Desde mediados del siglo XIX las clases dominantes construyeron una interpretación de la historia que buscaba consolidar una idea de "nación" recurriendo al ensalzamiento de figuras prominentes, los "próceres", y de hechos históricos, como la revolución de Mayo, la batalla de Caseros (la derrota de Rosas en 1852), la Conquista del Desierto, presentados como hitos que fundaron la Nación y con los que se delinearon políticas educativas que se proponían crear una "identidad nacional" para someter a las clases populares.

Con la crisis del régimen oligárquico y la crisis mundial de los años '30 emergió un movimiento que se oponía a esta "historia oficial" de la historiografía liberal y que se fue definiendo como "revisionismo". Como corriente historiográfica tuvo distintas expresiones, desde sus vertientes más nacionalistas conservadoras de los años '30, hasta sus expresiones nacionalistas "antiimperialistas" de los años '60; es decir, sus exponentes ofrecen material para componer distintas visiones. Sin

embargo, algunos elementos en común parecen ser los que subyacen en los objetivos actuales del gobierno.

Los revisionistas condenaron la línea historiográfica liberal "Mayo-Caseros", con sus próceres y sus hitos y construyeron otra versión con otros próceres y otros hitos que ahora vemos en boca de la Presidenta y el director del Instituto del revisionismo. Si bien en algunas de sus obras pueden encontrarse críticas a las raíces de la "dependencia" argentina, de conjunto constituye una interpretación de sectores de las clases dominantes.

¿Burguesías y "ejércitos progresistas"?

En este sentido el revisionismo no es una alternativa a la historia liberal, en tanto no se ubicó desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera y los sectores populares, sino que es también una visión que defiende los proyectos de una fracción de las clases dominantes. No es extraño entonces que el gobierno nacional busque en ese cajón de utilería lo que le permita sostener su alianza con los industriales locales y extranjeros, con la banca y el capital internacional. Desde este punto de vista se entiende su empatía con historiadores como José María Rosa o su simpatía con el régimen rosista. Fue Rosas el que puso fin a los desórdenes de las guerras civiles, el que "restauró" el orden y consolidó la clave, el núcleo central de la única clase "nacional", la burguesía y la oligarquía asentada en la gran propiedad de la tierra. Por eso la reivindicación revisionista puede aparecer hoy como un recurso viable para un modelo que se sustenta en mantener los fundamentos del orden semicolonial nativo.

Pero el relato revisionista, ¿qué tiene de popular? Denunciando los asesinatos del liberalismo, el revisionismo eligió su propia secuencia de violencia contra las masas. No solo a Juan Manuel de Rosas, el jefe de la Mazorca y del ejército de frontera, sino también a Julio Argentino Roca. Cuando los liberales acusan al gobierno de imponer el "pensamiento único" en la historia, los acusados responden que ellos son plurales, como el revisionismo mismo que tuvo sus diferentes alas. Ahí está Jorge Abelardo Ramos, iniciado en la militancia trotskista pero abandonándola pronto para integrar la izquierda nacional. Su pasaje fue fatídico y terminó en el menemismo. Pero antes, en su momento "revisionista de izquierda" llamó

a Julio Argentino Roca el “gran político nacional” que forjó el Ejército que llevaba “la conciencia nacional en sus costurones y cicatrices!”. Ese Ejército, que templado como el mismo Roca en la fratricida guerra del Paraguay, trajo de sus conquistas a 4000 “indios” para venderlos como peones, sirvientes o ayudantes. No sorprende entonces que Cristina K presente a “nuestro” Ejército como democrático, de la misma manera que la estrategia revisionista presentó a Rosas y Roca, los asesinos de los pueblos originarios y promotores de la represión policial contra las masas, como representantes del “progresismo nacional”.

Las disputa por la historia

Beatriz Sarlo se exaspera desde La Nación, mientras Pacho O’Donell gesticula el discurso gubernamental. Estrujada como trapo de piso, La Historia es invitada a comparecer en el presente: dicen unos, la oligarquía es una clase democrática; dicen los otros, la burguesía nacional es una clase progresista. Decimos nosotros: son fracciones de una misma clase, aunque pueda enarbolar filiaciones históricas cruzadas. Su acuerdo irrenunciable es no modificar ni cuestionar la estructura económica heredada del pasado. Después de todo el gobierno de Cristina depende de que la agroindustria “coloque” parte de sus divisas en el tesoro nacional, y los pueblos originarios siguen resistiendo como antaño a la acumulación de tierras.

A mediados del siglo XIX, con la caída de Rosas, se inició un momento histórico. El historiador marxista Milciades Peña percibiendo esta posibilidad retomaba los proyectos de Alberdi y Sarmiento como aquellos que mediante una “revolución por arriba” podían haber forjado las bases de una nación con mayor independencia del imperialismo, pero ese momento quedó trunco y las clases dominantes locales consolidaron la nación semicolonial que hoy seguimos siendo.

Distintos relatos desde una perspectiva de la clase obrera y los sectores populares se trazaron de Mariátegui a Mella, de Liborio Justo a Milciades Peña. Fueron éstos los que pensaron en sentido crítico las historias oficiales para dejar entrever la posibilidad de otra historia, la de los campesinos y comunidades originarias, la de los peones y obreros, la de las trabajadoras y sectores oprimidos. Fue la resistencia, a veces desordenada y caótica, a veces organizada y determinada, de las

masas oprimidas y explotadas durante el siglo XIX la que fue forjando la imagen de injusticia que generaba la nueva estratificación de clase a medida que se consolidaba el capitalismo semicolonial. Sin estas resistencias es impensable la historia de insubordinación del siglo XX, con sus huelgas generales e insurrecciones obreras. Una camada de historiadores surgió en las últimas décadas develando esta otra historia, la de la militancia obrera y estudiantil, la de las organizaciones de fábrica, la de la lucha de clases en los años ’70, aportando al conocimiento, y también a la crítica y al debate, entre ellas la del trotskismo y el marxismo.

Frente a la historia académica y liberal que esconde bajo la tarea y el oficio la despolitización de la historia, frente a la politización de la historia como discurso del Estado y la burguesía del gobierno K, con su genealogía de próceres, se levanta la lucha por una historia politizada de las clases explotadas y oprimidas. Una historia que desnude los discursos oficiales y permita avanzar la posibilidad de un proyecto autónomo de los trabajadores y oprimidos.



Revisionismo devaluado.

La última impostura kirchnerista

por Hernán Camarero y Lucas Poy

En las últimas semanas ha surgido una polémica en torno a la decisión del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner de constituir, por decreto, un Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego”, bajo la órbita de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación. El mismo promete ser dotado de apoyo técnico-administrativo y del goce de partidas presupuestarias que servirán para el financiamiento de becas, subsidios, premios, congresos, cursos, publicaciones y otra serie de actividades, en pos del desarrollo de una determinada visión historiográfica. El objetivo del flamante organismo, a cuyo frente ya se ha instituido una Comisión Directiva encabezada por el ensayista Mario “Pacho” O’Donnell, es el de “estudiar, investigar y difundir la vida y la obra de personalidades y circunstancias destacadas de nuestra historia que no han recibido el reconocimiento adecuado en un ámbito institucional de carácter académico”. Más específicamente, la meta es la reivindicación de todos aquellos que, como Dorrego, los caudillos federales, Yrigoyen, Perón, Evita y otras personalidades latinoamericanas, habrían defendido “el ideario nacional y popular ante el embate liberal y extranjerizante de quienes han sido, desde el principio de nuestra historia, sus adversarios, y que, en pro de sus intereses han pretendido oscurecerlos y relegarlos de la memoria colectiva del pueblo argentino”. El “proyecto Dorrego” parece acorde con el contenido épico de las “batallas culturales” que el kirchnerismo se viene proponiendo librar. En todos sus poros y hasta en sus detalles, esta increíble empresa historiográfica demuestra el nivel de impostura, improvisación y decadencia cultural al cual puede arribar la clase gobernante.

El revisionismo histórico emergió como corriente en el contexto de otra enorme crisis del capitalismo, la de los años treinta, cuando colapsó en pocos años la estructura económica de dependencia con el imperialismo británico y con ella empezó a crujiar, a su vez, el relato histórico que había presentado esa estructura como virtuosa y a la historia posterior a Caseros como un camino poco accidentado hacia un progreso que parecía indefinido. El revisionismo se constituyó, en efecto, como una interpretación histórica “alternativa” a esa llamada “historia oficial”, que se había articulado a partir de los trabajos de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López y se había desplegado en las incipientes instituciones académicas. Sin embargo, demostró muy pronto ser en realidad el reverso de la moneda de la historia liberal, en la medida en que los héroes de una pasaban a ser los villanos de la otra, y viceversa, pero se mantenía intacta una matriz historiográfica que analizaba menos los procesos sociales y económicos que dieron lugar a los diferentes clivajes políticos que el papel de las “grandes figuras” en el desarrollo de la historia.

Con el tiempo, el revisionismo fue conociendo diversas variantes, que incluso fueron catalogadas como de “derecha” y de “izquierda”, aunque nunca varió el núcleo de su interpretación: una lectura que consideraba que ciertos actores o sectores sociales —Mitre, los porteños, la oligarquía, los unitarios, según el caso— habían bloqueado el desarrollo de otros —Rosas, Urquiza, los federales, los caudillos, las montoneras, según el contexto y el posicionamiento del escritor de marras— que habían tenido en sus manos la posibilidad de un desarrollo alternativo que “no dejaron ser”. No hace falta decir que esta argumentación no era (ni es) inocente en términos políticos:

la reivindicación de ciertos actores o proyectos supuestamente “progresivos”, que no pudieron desplegarse o cuyo desenvolvimiento quedó trunco debido a acciones siempre conspirativas de otros sectores oligárquicos, se correspondía con la reivindicación de una burguesía de carácter progresivo que aún era capaz, en los tiempos contemporáneos al escritor, de llevar a cabo ese desarrollo que había quedado trunco.

El pretendido carácter “alternativo” del relato histórico revisionista mostraba su faceta más oscura y tradicionalista al momento de referirse a la clase obrera, que se constituyó como un actor político en una etapa muy temprana de la historia argentina. En efecto, el abordaje que la mayor parte de los revisionistas elaboró sobre la historia de los trabajadores osciló entre el posicionamiento reaccionario y la mistificación inconducente. Todo el largo ciclo de constitución y desarrollo del movimiento obrero desde el último tercio del siglo XIX hasta la irrupción del peronismo fue tratado con negligencia y hostilidad. El anarquismo, el socialismo y cada una de las ideologías y movimientos sociales y políticos emancipatorios fueron considerados productos “exóticos” y “foráneos”, opuestos al sentir y a los propios intereses nacionales. En todo caso, no lograron interpretar las verdaderas limitaciones de aquellas expresiones, pues las “condenaron” por aquello que tenían de progresivo: el haberse guiado por los principios de la lucha de clases y la autonomía clasista, renunciando, por ende, a la supuestamente necesaria unidad con sus explotadores “nacionales”. Como no podía ser de otro modo, la experiencia peronista fue instrumentalizada para normativizar un devenir de la clase obrera argentina, con el fin de naturalizar su adhesión a la conciliación de clases, el estatismo y la supeditación a una ideología esencialmente procapitalista.

El revisionismo histórico había entrado en una larga decadencia por lo menos desde la década de 1970: el intento del gobierno kirchnerista de recuperarlo es inseparable de su propuesta, explicitada en su llegada al gobierno en 2003, de “reconstruir a la burguesía nacional”. Si todo proyecto político busca legitimarse en la historia, el kirchnerismo, a través de esta exhumación del revisionismo, pretende construirse como continuidad de un pasado

de “proyectos nacionales”, siempre capitalistas, que quedaron mutilados o interrumpidos en su intento de desarrollar a la Argentina en un sentido alternativo. El revisionismo pretende convertirse en la nueva “historia oficial”.

Lo primero que salta a la vista, sin embargo, es el carácter devaluado —y degradado— de este nuevo intento revisionista. En primer lugar, por el raigal carácter estatal, es decir, regimentador, con el que es ahora impulsado, pretendiendo insuflar de vida, desde arriba y artificialmente, a una corriente historiográfica en buena medida perimida. Así, el discurso y los fundamentos con los que el Instituto Dorrego fue creado exhiben un notable anacronismo de formas y contenidos. El personal reclutado para dicha empresa (nada menos que por un decreto presidencial) es una muestra de la inconsistencia con la que la misma fue lanzada al ruedo: apenas logran reconocerse allí algunos docentes identificados con la causa esgrimida pero carentes de escritos e investigaciones conocidas de cualquier tipo, junto a otros que sí vienen ejerciendo el oficio en el campo de la divulgación pero que sólo habían demostrado hasta el momento no más que una tenue sensibilidad revisionista, y a connotados escritores que han hecho del oportunismo y transfuguismo ideológico toda una escuela. Por otra parte, agravando aún más el sentido regresivo del proyecto, recordemos que esta recuperación estatal del revisionismo se hace sobre algunos de sus aspectos más reaccionarios, como quedó de manifiesto en las intervenciones de CFK realzando la figura de Rosas, el caudillo y terrateniente bonaerense, como expresión de una aparente burguesía “progresista” a la que no dejaron desplegar sus alas.

El carácter fallido y conservador del actual ensayo de resucitación del revisionismo no desentona, de todas formas, si se tiene presente que es impulsado por un proyecto político que es él mismo un remedo deteriorado de nacionalismo burgués. Un proyecto que, entre otras cosas, aparece en colisión con sus propias pretensiones y enunciados de “emancipación nacional”, como se puede advertir en las sistemáticas acciones del gobierno: puntual pago de la deuda externa, subsidio y garantía de los negocios del capital extranjero, sanción de las leyes anti terroristas exigidas por Washington, y un largo etcétera que incluye contener en varios de sus puestos claves a funcionarios que fueron

connotados representantes del tan denostado liberalismo extranjerizante, en su versión ucedeísta y/o menemista.

El espantajo revisionista ha servido para reagrupar, como ha ocurrido periódicamente bajo diversas causas, a todo un sector de la historiografía académica, que, reclamando los valores del pluralismo y el auténtico saber científico, ha impugnado el objetivo gubernamental de “promover un discurso oficial sobre el pasado” y ha reclamado operar con “análisis complejos” contrarios al “reduccionismo”. Este tipo de planteos denota inconsecuencia, ingenuidad y repliegue corporativo. Hay que tener autoridad para blandir ciertas banderas. No es cierto que en la universidad y en el ámbito científico, en donde operan mecanismos de clientelización, oligarquización y exclusión variados, reine el genuino pluralismo y apertura a todas las concepciones historiográficas. Para poner un ejemplo, las articuladas en torno a un horizonte liberal-republicano perfectamente conjugado con ciertas entonaciones socialdemócratas han gozado de un espacio inconmensurablemente mayor y con un carácter abortivo respecto a las representativas de un pensamiento crítico y contrahegemónico. Asimismo, la historiografía académica dominante apeló a la despolitización y a la renuncia a un papel intelectual activo y comprometido, canonizando un modelo de historiador replegado en los claustros y limitado a la reproducción de determinadas miradas, conceptos y hasta terminologías.

En parte, sobre esa abdicación y ese vacío, montado en esas evidentes limitaciones, es como un neorevisionismo de divulgación fue incrustando sus ideas y creando cierto marco de posibilidad para esta actual intentona estatal. El abroquelamiento corporativo de los “historiadores profesionales”, no obstante, intenta ocultar que la creación del Instituto Dorrego ha abierto una crisis en sus filas. La tardía conversión al kirchnerismo de un buen número de historiadores del viejo tronco socialdemócrata los ha dejado en una posición difícil ante la aparición del Dorrego: su decisión de no acompañar el pronunciamiento de repudio pero tampoco sumarse a las filas del instituto revisionista pone de manifiesto la incómoda posición

en la que han quedado quienes hicieron toda una carrera repudiando al revisionismo pero se han pasado recientemente a las filas gubernamentales y cuentan con llegada, incluso, a fuentes de financiamiento directo estatal. Sintomáticamente, “Carta Abierta” ha renunciado a fijar posición ante un tema de indudable resonancia cultural.

Si es cierto que ninguna corriente historiográfica es neutral en cuanto a posicionamientos políticos y que toda mirada sobre el pasado implica una valoración del presente y una perspectiva para el futuro, no lo es menos que hay interpretaciones menos rigurosas que otras, y que aquellas que defienden el statu quo son las más incapaces para echar luz sobre el pasado. La historia que necesitan los oprimidos en la lucha por su liberación es, en primer lugar, una historia que esté bien hecha, y el revisionismo argentino se ha caracterizado por su escasa calidad y su mediocridad—que la historia ‘oficial’ no haya tenido un derrotero muy diferente no la exime de ninguna culpa, en primer término porque también contó, durante muchos períodos históricos, con el respaldo de los aparatos del Estado para su producción y difusión. Una versión devaluada de nacionalismo burgués, como es el kirchnerismo, no podía sino producir como correlato esta variante desteñida y vulgar del revisionismo, una interpretación que tiene tan poco para ofrecer al análisis histórico como la clase capitalista a la nación.

El despliegue de una interpretación histórica alternativa es inseparable de la lucha por una transformación revolucionaria de este mundo, que no solo queremos interpretar sino también transformar. Las masas trabajadoras, los excluidos y oprimidos, harán su propia historia y escribirán la suya, sin deberle nada a los héroes y villanos de los viejos relatos de sus explotadores. Existe una pléyade de historiadores críticos que han investigado y enseñado bajo estas convicciones, nuevas generaciones lo seguirán haciendo bajo otras circunstancias.



El Instituto Dorrego y el cuento de la “distribución de la palabra”

por Natalia Boca, Federico Sena y Federico Novofoti (militantes de Izquierda Socialista)

El 21 de noviembre pasado fue publicado el decreto 1880/11, en el cual la presidenta Cristina Fernández de Kirchner ordenó la creación del Instituto Nacional del Revisionismo Histórico “Manuel Dorrego”. El mismo será presidido por Mario “Pacho” O’ Donnell, quien fuera Secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, en época alfonsinista, y Secretario de Cultura de la Nación, durante el gobierno de Menem. El ahora kirchnerista O’ Donnell contará con la colaboración de una comisión de notables en la que participan desde Felipe Pigna hasta el ex Jefe de Gabinete y ahora senador, Aníbal Fernández.

El decreto establece como finalidad del Instituto “estudiar, investigar y difundir la vida y la obra de personalidades y circunstancias destacadas de nuestra historia que no han recibido el reconocimiento adecuado en un ámbito institucional de carácter académico”.

No es de extrañar, pues, que las primeras voces que se alzaron contra el mentado Instituto provinieran del ámbito académico. Historiadores como Luis A. Romero, Hilda Sabato, Juan Suriano y Mirta Lobato, entre otros, salieron al cruce al ver cuestionado su lugar en los claustros. Entre sus críticas, apuntaron al desconocimiento que evidencia tal sentencia respecto del actual desarrollo del “saber científico” en ámbitos académicos tales como las universidades nacionales y el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

Junto a este debate existe otro que merece ser profundizado. A pocos días de la creación del Instituto, el 10 de diciembre, en su discurso de reasunción, Cristina se refirió a “las tres aperturas” que había hecho su gobierno, entre las que destacó la “distribución de la palabra” y la “distribución del conocimiento”. El Instituto es defendido por

los voceros del gobierno, en el mismo sentido que la presidenta, como un eslabón más en la cadena de la distribución de la palabra y el conocimiento. ¿Es cierta esta aseveración? ¿Contribuye la creación del Instituto Dorrego a “distribuir” la palabra y el conocimiento? ¿Cuál es la política científica del gobierno?

En el presente artículo abordaremos ambos debates.

El “Revisionismo Histórico”, corriente historiográfica en la cual se inscribe el nuevo Instituto, surgió en la década del ’30 como reacción a lo que se denominaba “Historia Oficial” o “Liberal”; aquella que se producía desde la Academia Nacional de Historia. En el contexto de crisis capitalista nacional e internacional, el Revisionismo nació como grupo político-intelectual que se proponía buscar en el pasado la explicación del fracaso del modelo de país que había estructurado la dirigencia argentina desde fines del Siglo XIX. El dirigente trotskista argentino, Nahuel Moreno, definió al Revisionismo Histórico como “el representante de un sector en decadencia de las clases dominantes”; los hijos de la oligarquía desplazada de sus privilegios de exportación que apelaron “a un nacionalismo trasnochado y reaccionario, refugiándose en las tinieblas de la Historia”. (Moreno, 1975, p.60) Entre sus fundadores se destacaron los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta y José María Rosa. La primera obra significativa de la corriente Revisionista fue *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, publicada en 1934, la cual es una severa condena al Pacto Roca-Runciman, que había sometido a la Argentina a ser el sexto Dominio del Imperio Británico. Los hermanos Irazusta y Rosa

crearon el Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas" en 1938, desde donde editaron una revista, que se publicó sólo los primeros años, y abrieron locales para su difusión.

Esta evolución fue interrumpida por el ascenso al gobierno de Juan Domingo Perón. La irrupción del peronismo renovó al Revisionismo en menor medida de lo que, al calor de los debates actuales, estaríamos inclinados a creer. El Instituto Rosas adoptó, más bien, una postura expectante, que evidenció la diversidad político-ideológica de sus integrantes. Una vez derrocado el gobierno de Perón, con el inicio de la llamada "resistencia peronista", el Revisionismo se renovó. El triunfo de la Revolución Cubana contribuyó, asimismo, a esa renovación. El ascenso de las luchas de la clase trabajadora y el pueblo en nuestro país y Latinoamérica provocaron el surgimiento de un profundo sentimiento antiimperialista que tuvo su impacto dentro del Revisionismo. José María Rosa acompañó el surgimiento del nuevo Revisionismo que tuvo entre sus exponentes a Rodolfo Puiggrós, Rodolfo Ortega Peña y Luis Duhalde, del peronismo de base, y Abelardo Ramos, de la izquierda nacional. El Revisionismo en su variante de "izquierda" utilizó algunas categorías del marxismo para el análisis de la Historia, manteniendo su esencia nacionalista.

Por otra parte, las divergencias del grupo fundador se patentizaron en la ruptura definitiva, cuando Julio Irazusta abandonó el Instituto Rosas, para incorporarse a la Academia Nacional de Historia, hecho que el historiador intentó presentar como el triunfo del Revisionismo sobre la Historia Liberal.

En la década del `70, antes del inicio de la Dictadura, el Instituto cerró sus puertas. Recién en los `90, en medio del vendaval neoliberal, el gobierno de Carlos Menem, mediante sendos decretos (26/07 y 940/97), refundó el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas" y fueron repatriados los restos del *Restaurador de las Leyes*.

II

El 20 de noviembre de 2011, la presidenta Cristina Kirchner encabezó el acto que conmemora la batalla de la "Vuelta de Obligado", día instaurado como de la soberanía nacional. Allí señaló que Rosas y la batalla son "el gran hecho olvidado por la Historia". Palabras que recuerdan a las del decreto:

"personalidades y circunstancias destacadas de nuestra historia que no han recibido el reconocimiento adecuado".

Sin embargo, esto no es así. En especial respecto a la figura de Rosas, la cual ha suscitado innumerables debates desde Sarmiento en su *Civilización o Barbarie* de 1845, donde lo ubica como un caudillo que frenó el desarrollo progresivo en el país, asociándolo a una época oscura de dictadura y barbarie. Los Revisionistas, por su parte, apelaron a un "rosismo visceral". En sus variados y a veces contradictorios trabajos, Rosas representó alternativamente un caudillo popular con autoridad para colocarse por encima de la lucha de clases, un nacionalista antiimperialista, un federal consecuente, entre otras cualidades.

En realidad, Rosas era el representante de los terratenientes saladeristas exportadores de la provincia de Buenos Aires. Por tanto, defendía el libre comercio, en particular con Inglaterra, que hundía la producción del interior. Como los unitarios, por pertenecer a Buenos Aires, defendía el control porteño sobre la Aduana. Esto lo convirtió en el representante de la fracción más reaccionaria de los federales, lejos de los variados mitos revisionistas.

La batalla de la "Vuelta de Obligado" de 1845, en la cual se enfrentó a la flota anglofrancesa definitivamente puede ser señalada como un acto antiimperialista. Sin embargo, este suceso se explica dentro de la defensa de los intereses de los saladeros, por el interés de control de Buenos Aires sobre los ríos interiores, y no por un pretendido nacionalismo. A esto hay que sumarle el acto de sumisión en el que había terminado, unos años antes, en 1841, entregando las Islas Malvinas a los ingleses a cambio de que éstos dejaran sin efecto el pago de un préstamo pendiente.

Rosas cristalizó el desarrollo capitalista en Buenos Aires y, en ese sentido, fue progresivo frente a los intereses de la burguesía comercial y financiera. Pero en tanto el proceso fue monopolizado por la oligarquía saladerista se tornó contradictorio y, con el transcurso de los años, negativo, porque impidió que otras provincias se elevaran al plano de la producción capitalista. Con Rosas se consumó la organización política y económica capitalista desigual del conjunto de la nación.

Los revisionistas, como lo demuestra el caso de Rosas, se limitaron a cambiar el signo que los liberales habían puesto a sus próceres, ensalzando

las figuras de Dorrego, Rosas, Artigas y otros. Sin embargo, esta operación mantuvo la lógica de la Historia Liberal; esto es, estudiar el pasado histórico a través de grandes personajes, sin atender a los intereses de clase a los cuales irremediablemente están atados. En algunos casos, mantener el esquema arrastró a los autores revisionistas a falsear sencillamente la realidad histórica.

III

El decreto 1880/11 señala la necesidad de establecer un ámbito “acorde a las rigurosas exigencias del saber científico”; y, como era de esperar, identifica tales exigencias con “la investigación y divulgación de la historia revisionista”.

La “base científica” del Revisionismo ha sido expresada recientemente por Ana Jaramillo, integrante de la Comisión Directiva del nuevo Instituto, estableciendo que el vector de la Historia es, “como explicó el gran filósofo e historiador Benedetto Croce, que no existen leyes universales en la historia y que toda historia es contemporánea”. La referencia a Croce no es caprichosa, puesto que el filósofo e historiador italiano ha sido un importante referente teórico del Revisionismo Histórico. Cabe recordar que Croce en su vasta obra, en tanto guía ideológico del liberalismo italiano durante el periodo de la Gran Guerra y tras la Revolución de 1917, se había propuesto “revisar” la historia con el objetivo de liquidar nada menos que... al materialismo histórico; promoviendo, por su parte, una “historia ético-política” que, al parecer, los neocrocianos autóctonos, ahora pretenden emular.

Sin embargo, nuestros crocianos padecen el hecho de que su profundidad teórica resulta ser inversamente proporcional a su vuelo poético: “dejamos -continúa Jaramillo- que cada uno tome como materia de historia lo que se vincule con sus propios intereses y dé a la narración el tono que responda al pathos de su alma”. (Jaramillo, 2011) Como hemos visto en el estudio de Rosas, esos “propios intereses” han llevado al Revisionismo a falsear la historia, alejándose del más mínimo rigor científico, en algunos casos de forma grosera.

En franca oposición, se impone profundizar los estudios de una Historia Científica, con un método marxista. Al análisis histórico no le es dado negar los estudios revolucionarios de Carlos Marx. “La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos

vivientes”. (Marx, 1845, p.19) Desde esa definición tan básica como profunda, Marx supo descubrir otras leyes elementales y, por tanto, universales, para el estudio de las sociedades humanas y su devenir. El estudio de la relación de la sociedad humana con la naturaleza, a través de técnicas y herramientas determinadas, es decir, las fuerzas productivas y su devenir, el desarrollo de las fuerzas productivas; el estudio de las clases de las que participan individuos determinados por las relaciones de propiedad, sus relaciones y luchas; el estudio de las instituciones, ideologías, el arte, la ciencia y otras creaciones de la sociedad humana; este es sólo el comienzo para abordar el análisis científico de cualquier sociedad y encontrar las leyes de su devenir.

La historia Argentina no escapa, mal que le pese a los revisionistas, a estas leyes, como hemos intentado ejemplificar en el caso emblemático del estudio de Rosas. Así, por ejemplo, desde una perspectiva científica marxista, no debemos criticar a Rosas por tal o cual actitud ante ingleses o franceses, en tanto es posible encontrar, de manera alternativa, situaciones en las que cumplió un papel progresivo y regresivo, respecto a los imperialistas. Como señala Moreno, “lo criticamos por su política de conjunto y lo hacemos en forma contradictoria, dialéctica” (Moreno, 1975, p.60); esto es, en tanto representante destacado de la burguesía saladerista bonaerense que sentó las bases para el desarrollo capitalista desigual en nuestro país.

La Historia Científica de nuestro país es un terreno que merece ser más explorado. Lamentablemente, quienes dominan la historiografía académica, los llamados “historiadores profesionales”, pese a las importantes contribuciones que han hecho con sus estudios, rechazan el método marxista y ordenaron sus investigaciones en la búsqueda de aquello que garantizaría la dominación democrática de la burguesía, la construcción de la “ciudadanía” y “la cuestión social”.

IV

Llegados a este punto, es preciso abordar una discusión que excede los límites del debate científico. ¿Es posible considerar la creación del Instituto Dorrego como parte de una política de “distribución de la palabra”, una suerte de democratización de los mecanismos para la divulgación de las producciones científicas?

Resulta interesante señalar que varios de los actuales neorevisionistas no han necesitado, en el pasado, de gobierno alguno para alcanzar importantes niveles de ascendencia entre franjas relativamente amplias de la población. Tal es así que diversos autores los han definido como “divulgadores”, en algunos casos colocando una carga negativa al término. De cualquier manera, el negocio editorial ha seguido alimentándolos con recursos y publicidad. Esta afirmación, por nuestra parte, no intenta negar que sus plumas han sabido captar interés por propios méritos. Ya hemos advertido que su valor científico debe ser apreciado por autor y por escrito, dado el eclecticismo del Revisionismo como corriente historiográfica.

Es evidente, de cualquier manera, que los neorevisionistas tienen una influencia mucho más amplia en la población que la que poseen los actuales referentes académicos o “historiadores profesionales”. Por tanto, la última creación institucional del gobierno no constituye ninguna democratización de los mecanismos para la divulgación científica, sino, más bien, tiende al apuntalamiento de quienes hoy dominan en ese terreno.

V

Un aspecto fundamental de la campaña electoral del gobierno fue la reivindicación de su política científica, que tuvo su mojón más importante en la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva a fines de 2007, el cual desarrolló el mega emprendimiento Tecnópolis y promovió la repatriación de 400 científicos.

Pero, ¿cuál es la política hacia la ciencia y tecnología del gobierno? Y, ¿de qué manera se inscribe la creación del Instituto Dorrego en dicha política? ¿Es un avance en la “distribución del conocimiento”, una especie de democratización del acceso a la investigación científica?

Para abordar el tema basta sólo con notar el contraste, de un lado, de la realidad presupuestaria actual de las universidades nacionales, cuyo presupuesto proyectado se reducirá en \$2.007 millones en el año 2012 (de \$19.960 millones, que figuraban en el Presupuesto 2011, que nunca fue votado, a \$17.953 millones); y, del otro, la decisión de “dotar al Instituto en cuestión de los recursos materiales necesarios para lograr la óptima concreción de sus objetivos”. El contraste aumenta cuando se informa que “se implementará un sistema de becas,

subsidios y premios que favorezcan el desarrollo y profundización de sus tareas” y “un aliciente económico para los ganadores” de los premios del Instituto; mientras los gremios y organizaciones que defienden a los trabajadores científicos del CONICET (ATE, AGD, JCP) informan que, año tras año, se expulsan de sus instancias superiores a... ¡1.000 becarios! Esta es la fuente natural del exilio de los investigadores científicos del país, lo que dimensiona el valor real de la repatriación de tan sólo 400 de ellos en 4 años. A esta situación se agrega la reducción del 4% en el total de becas otorgadas este año (correspondiente a 1.600 becarios), también denunciada por los gremios.

Lo antes señalado evidencia el recorte presupuestario real en ciencia y tecnología, y que la parte del presupuesto que se aumenta se orienta más a emprendimientos de propaganda oficial, tales como Tecnópolis, que a una real investigación científica. En el terreno de la investigación, el ministro de Ciencia y Tecnología, Lino Barañao, se ha cansado de aclarar que su cartera está al servicio de “crear riqueza, en el sentido de crear empresas”, de establecer una “vinculación entre investigadores y las empresas existentes”. Es decir, ciencia y tecnología puestas al servicio de los negocios empresarios, no al servicio de los trabajadores y el pueblo.

La “distribución del conocimiento” es, después de todo, el desarrollo de la propaganda oficial y el intento de someter la ciencia y técnica a los negocios empresarios. La creación del Instituto Dorrego se inscribe en dicha concepción gubernamental. Se trata de producir propaganda de gobierno vestida con el ropaje de la “historia”. Para ello se echó mano del Revisionismo, convertido ahora en “historia oficial”. Con el Instituto, el gobierno pretende ejercer también un dominio directo sobre ámbitos académicos. Es emblemático, en este sentido, mencionar el caso del Dr. Fabián Harari, historiador expulsado del CONICET. El dictamen que le negó la posibilidad de seguir la carrera de investigador reconocía el valor científico de sus investigaciones pero, a la vez, consideraba negativo su “tono excesivamente polémico y militante”. La expulsión de becarios del CONICET, en este caso por cuestiones ideológicas, es la otra cara de la moneda de la creación del Instituto Dorrego. ¿O acaso el Instituto Dorrego albergará al Dr. Harari y las decenas de Licenciados y Doctores en

Historia que el CONICET expulsa todos los años, respetando sus líneas y métodos de investigación? La respuesta es, no.

VI

El conjunto de la política hacia la ciencia y tecnología que promueve el gobierno debe ser enérgicamente rechazada. En ese marco objetamos la creación del Instituto Dorrego. Exigimos al gobierno un mayor presupuesto para Ciencia y Técnica, para las universidades nacionales y el CONICET, con el objetivo de que ningún investigador quede fuera del sistema. Exigimos, asimismo, una discusión democrática y una formulación pública de las prioridades temáticas y los criterios geográficos a mediano y largo plazo para el otorgamiento de becas y subsidios de investigación de acuerdo a las verdaderas necesidades del pueblo trabajador, evitando arbitrariedades y garantizando la continuidad laboral de todos aquellos que cumplen apropiadamente con su trabajo académico. Los marxistas revolucionarios promovemos, a diferencia del gobierno, el debate científico abierto, sin extorsiones de ningún tipo, en cual defenderemos nuestro método marxista y un desarrollo científico crítico al servicio de los trabajadores y el pueblo. De esta manera, hacemos propio el programa de los gremios y agrupaciones de investigadores antes mencionados, y nos solidarizamos con ellos, en momentos en que se encuentran luchando.



Los dueños de la Historia

por Mariano Schlez (Razón y Revolución)

La creación del Instituto Dorrego generó un debate que ya lleva un mes y decenas de artículos. Una serie de cuestiones ya han sido suficientemente aclaradas: las debilidades historiográficas del "revisionismo histórico"¹, el travestismo de O'Donnell (denunciado incluso desde el propio kirchnerismo, por Norberto Galasso) y la escasa formación histórica de la dirigencia del Instituto Dorrego. En este artículo abordamos lo que consideramos el eje central del debate, y que ha sido esquivado tanto por los defensores del Instituto, como por sus detractores: el nacimiento del Dorrego no modificó quién manda en la historiografía argentina.² Un desarrollo cronológico de mediano plazo servirá para ver el problema en perspectiva.

Los orígenes de la historiografía "académica"

A poco de que Cristina Kirchner decrete la creación del Instituto Dorrego, los "académicos" pusieron el grito en el cielo (en los medios, para ser más exactos): el gobierno totalitario busca imponer una verdad única a través de un instituto doctrinario que irradie su ideología, incluso hasta la escuela. Pero su acusación se aplica, en realidad, a ellos mismos. Son ellos, no otros, los que desde 1983 detentan los principales resortes del Estado para la producción de conocimiento y divulgación. Son quienes deciden los planes de estudio de las carreras de historia en el país. Son los que juzgan quién debe investigar y quién no y qué proyecto es válido. Son los verdaderos dueños de la historia estatal. Son parte del Estado y reproducen la historia de la clase a la que pertenecen.

Formados en el exilio, con la vuelta a la democracia, el alfonsinismo les dio cátedras, institutos de investigación y puestos de decisión en el CONICET.

En su momento, usaron todo ese instrumental para eliminar del pasado la lucha de clases, en función de proponer un modelo socialdemócrata. En particular, la teoría de los dos demonios. Borraron de un plumazo a la revolución de la historia. La Revolución de Mayo fue un episodio menor, ante un vacío de autoridades producto de un fenómeno que vino "desde afuera". La construcción de la hegemonía burguesa en el siglo XIX fue reemplazada por los problemas sobre la "legitimidad". Se esforzaron por demostrar que todos éramos "ciudadanos" y no obreros: los "sectores populares" reemplazaron a las "clases". La "desigualdad" tomó el lugar de la "explotación" y las "elites" el de la "clase dominante". Todo un canto a la democracia burguesa.

En 1989, acompañaron el clima ideológico menemista. Aunque se reservaron sus opiniones políticas (más cercanas al radicalismo), suscribieron sin chistar el credo posmoderno: ahora no existía la realidad, sino sólo "discursos". La historia era una torsión de algo llamado "concepto". Ya no intentaban darle letra al sueño socialdemócrata, sino de sentenciar "el fin de la historia". Convirtieron a la ciencia en literatura, donde el conocimiento pasó a ser un "relato".

Los revisionistas y el Termidor de 2003

Sin embargo, el Argentinazo no vino solo. La conciencia de las masas requería otro tipo de historia, menos escéptica y sosa, más cruda y que mirara de frente los grandes problemas. Haciéndose eco de ese proceso, el kirchnerismo se dio la tarea de construir una cultura K, que tuvo su fundamento en una "revisión" de la Historia Argentina. Felipe Pigna y Norberto Galasso fueron los principales artífices de esta reconstrucción. El éxito editorial del primero es la mayor expresión de este fenómeno. Su trabajo deja mucho que desear: se limitan a repetir textos viejos y eluden la discusión con los académicos. Los nuevos revisionistas, en realidad, copian varias de las conclusiones de los académicos, a quienes llaman "mitristas", siendo que en la academia Mitre es una palabra prohibida. Es decir, ni siquiera pueden caracterizar seriamente a sus adversarios.

Su trabajo tiende a dar una batalla para contener el giro hacia la izquierda de la población en los marcos del reformismo. La miniserie *Algo Habrán Hecho*, aunque reivindicó el hecho revolucionario, lo moldeó a la medida de las necesidades del capital, intentando canalizar la disposición a la lucha

de las masas bajo la dirección del gobierno. Los festejos del Bicentenario dejaron relucir el programa del revisionismo K: finalmente el pueblo ya tiene el poder en sus manos.

Con todo, estos intelectuales han tenido una alta llegada a las masas, lo que les valió la envidia de sus rivales. No obstante, nunca han salido de su lugar marginal en términos de la estructura estatal. Ninguno accedió a puestos institucionales con capacidad de sanción intelectual de peso. Algo de eso se empezó a gestar en las universidades del conurbano (La Matanza, Lanús), pero sus presupuestos y matrícula son ínfimos si los comparamos con las grandes universidades manejadas por los académicos (Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Rosario, Salta, Tucumán, entre otras). Eso sí, reproducen en pequeña escala, todos los vicios de sus rivales. Su verdadero afán es amontonar puestos. Algunos de estos personajes son verdaderos reciclados del menemismo, como Pacho O'Donnell. Que un ministro de cultura de los '90 quiera dar batalla a la historia liberal hace al asunto poco menos que ridículo.

Dos tácticas de una misma estrategia

Este año, para disimular un poco su giro a la derecha, Cristina cedió frente al reclamo de sus propagandistas: tener una especie de "academia" propia. Así nace el Instituto Revisionista "Manuel Dorrego". Frente al ajuste en marcha, el kirchnerismo les asegura a sus historiadores un nicho académico que les permitiría disputar (incipientemente) los recursos al CONICET de la "historia oficial".

Frente a esto reaccionaron, de una manera desmedida, los "académicos profesionales". Con la resonancia acostumbrada que le dan sus pasquines, Sarlo, Romero, Sabato (y una larga lista de firmas), dijeron lo suyo. Los apoyaron intelectuales amigos, como Mariano Grondona, el ex ministro de educación de la Alianza Juan José Llach y el profesor devenido en escritor estrella, Eduardo Sacheri.

Armaron una defensa tan irreal como la historia que hacen: se plantaron como libertarios frente a un supuesto avance estatal contra historiadores "independientes". Olvidan quiénes son y quién se los permite. Omiten explicar algunos datos elementales. En primer lugar, lo que ya hemos dicho: ellos mismos son militantes de un programa político y constructores de una ideología afín a su propuesta. En segundo, que viven de los recursos

del Estado desde hace treinta años, utilizándolos para difundir, por todos los medios posibles, su (política) visión del mundo. Tercero, ellos son los primeros censores de todo lo que no cuadre con su perspectiva. Durante años, se han dedicado a difamar y perseguir al marxismo. Por último, ellos mismos viven del kirchnerismo, CONICET, las universidades, sus documentales en Canal Encuentro (Gabriel Di Meglio está a cargo de los contenidos históricos) y sus libros de divulgación editados por Capital Intelectual. Aunque la mayoría se enrolen en las filas de la oposición (Binner o Carrió), buena parte ya adscribe al kirchnerismo más o menos solapadamente.

Naturalmente, también el revisionismo K tiene su recorte seisieteochesco de la realidad. Como Cristina no puede presentar como un hito revolucionario crear un instituto para sus amigos³, elige simular un nuevo combate contra otra "corpo". Hace gestos por izquierda, y disimula que sostiene la discriminación política a los historiadores de izquierda en el CONICET. Pero, en el Dorrego, todos fueron nombrados a dedo. Ninguno pasó ningún concurso. Tampoco se le ha dado trabajo a los miles de investigadores que forma año a año el país (ni parece que lo vaya a hacer). Sin esta medida elemental, el Instituto no tendrá nada que envidiarle a la inquisición académica. En vez de levantar la voz, unos y otros deberían, ante todo, dejar de perseguir científicos, abandonar los nombramientos a dedo, dejar de ser partícipes de los ajustes presupuestarios y asegurar condiciones dignas para los investigadores, entre las cosas más elementales.

El eje de nuestra crítica

La izquierda también tomó posición frente al debate del Dorrego. Los cuatro textos publicados centran sus esfuerzos en criticar al Instituto revisionista.⁴ Aunque uno de ellos incorpora la crítica a los historiadores "académicos", el eje del trabajo no difiere del resto: el kirchnerismo busca convertir al revisionismo en la "nueva historia oficial". Conclusión que no es del todo errada, pero esconde un aspecto sustantivo del asunto: los dueños de la Historia siguen siendo los mismos desde 1983, y el gobierno no tiene la intención de modificar esto. No es cierto que se enfrente a la academia. Varios de los llamados "modernos" han apoyado al gobierno en su política en CONICET,

empezando por Halperín Donghi y Jorge Gelman.

El enorme aparato de producción y enseñanza sigue manejado por los mismos que patean por la creación del minúsculo Instituto Dorrego. Quejas que tienen más que ver con la intención de salir en los medios que con la disposición a una batalla a muerte. Protestan porque no quieren compartir (sienten que se lo han ganado en más de cuarenta años de lucha) su función con arribistas mediocres, cuando ellos son los verdaderos dueños de la historia oficial. Sin embargo, están más que agradecidos a este gobierno. Tal como dice Tulio Halperín Donghi:

"Alfonsín hizo sentir sólo limitadamente sus efectos debido en parte a la creciente penuria económica [...], en el de Menem esa buena voluntad no existió en absoluto y cuando ella retornó bajo la Alianza de nuevo la penuria la tornó irrelevante, desde 2003 el fortalecimiento del sector ciencia e investigación se constituyó en un objetivo permanente del gobierno nacional y gracias a ello también los historiadores tienen hoy acceso a ingresos que por primera vez les alcanzan para vivir sin duda modestamente en un marco que, también por primera vez, les permite mirar al futuro con una confianza que no habían conocido desde que tienen memoria".⁵

Tampoco es cierto que lo que divide a "profesionales" y "revisionistas" sea una actitud diferente para con la divulgación y su compromiso con una causa política. Los "académicos" no sólo hicieron todo lo posible por salir de sus claustros, sino que también han sido soldados de un proyecto político concreto. Ya lo hemos dicho, pero insistimos. Desde 1983, han invadido los principales campos de formación de conciencia: los institutos científicos y la escuela. Es decir, crearon ideología y se preocuparon por difundirla a través de la herramienta más poderosa que posee el Estado capitalista para apoderarse de la mente de los trabajadores. Allí están como prueba el Congreso Pedagógico, las decenas de proyectos de investigación y los cientos de artículos que buscaron "adecuar" los contenidos de la escuela a la nueva "democracia" radical, desalojando los viejos "autoritarismos" (de izquierda y derecha). Su afán divulgador no terminó allí: en los '90 fueron por los Contenidos

Básicos Comunes (redactados, entre otros, por Luis Alberto Romero) y se dedicaron a escribir manuales de historia a diestra y siniestra, al calor de la Ley Federal de Educación, de la que también fueron activos partícipes. Tampoco debemos olvidar que, a fines de los '90, los principales académicos participaron de la Nueva Historia Visual de la Argentina, editada por Clarín en fascículos, y que llegó a millones de personas y a miles de escuelas. Ya en el nuevo siglo (celosos de Pigna, hay que reconocerlo), quisieron encabezar los rankings de libros más leídos, y empezaron a escribir (por lo menos a intentarlo) divulgación histórica a través de colecciones que editaron Sudamericana, Siglo XXI y las principales editoriales de la Argentina. Pero no tuvieron suerte y su repercusión fue mínima. Todo esto, sin mencionar sus habituales columnas en *La Nación*.

Nuestra Tarea

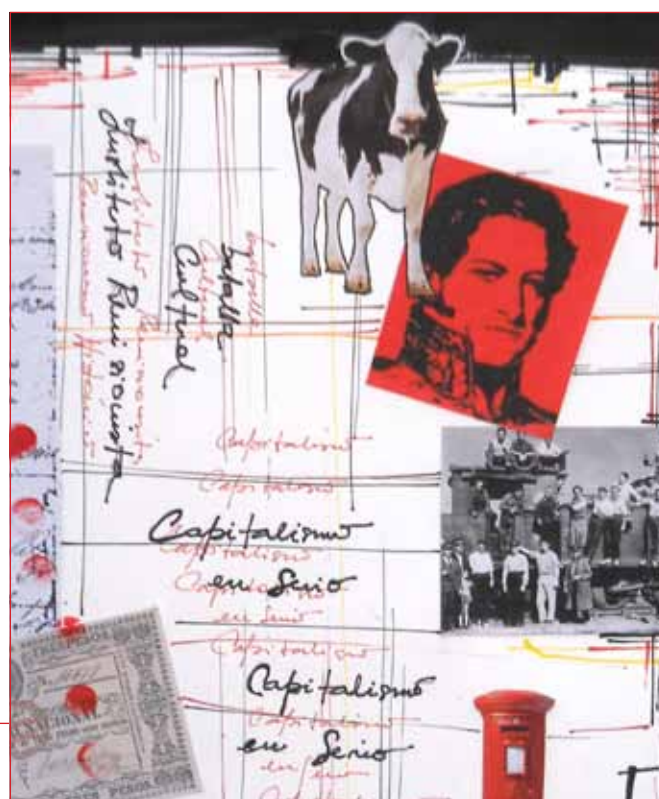
Tenemos un solo enemigo: la historiografía burguesa. No se trata de un monstruo de dos cabezas. A la bestia le ha surgido, a lo sumo, un nuevo brazo, que sirve para adaptar su cuerpo a las circunstancias. Este nuevo elemento, que cristaliza con el nombre de Instituto Dorrego, no se diferencia, en lo esencial, del cuerpo que le precede: es completamente incapaz de producir ciencia, dado que nace con el objetivo de seguir reproduciendo, de una manera más eficiente, la ideología burguesa.

No debemos caer en ninguna de sus tentaciones. En primer lugar, debemos diferenciarnos de su método. Somos materialistas, lo que nos obliga a estudiar pormenorizadamente los procesos históricos. No podemos hacer una historia de "citas". Ninguna "autoridad" prueba nada por sí misma. La historia no es una verdad que tenemos en la cabeza previamente, en completa ausencia de una aproximación a la realidad. Lo que hace falta no es reivindicar a tal o cual autor, sino una historia científica. O, lo que es lo mismo, una historia marxista.

La realidad existe y podemos conocerla. Es un acuerdo que no podemos poner en cuestión apelando a los peores conceptos que nos legaron los académicos: la historia es literatura, todos son "relatos".⁶ Nosotros no buscamos construir "otro relato", sino hacer ciencia.⁷ O, lo que es lo mismo, apelar al marxismo para explicar la historia.

Notas al pie

- 1 Flores, Juan y Rossi, Santiago: "El camino del maestro", en *El Aromo*, Diciembre de 2011.
- 2 Este artículo es una versión corregida del publicado en la edición de diciembre de *El Aromo*, titulado "Canción de dos hijos".
- 3 El ex radical y ex menemista, Pacho O'Donnell; el director de *Tiempo Argentino*, Roberto Caballero; el de *Miradas al Sur*, Eduardo Anguita; el Gerente Jurídico del INCAA, Francisco Pestanha; el Secretario de Cultura de la Nación, Jorge Coscia; el presidente de la Comisión Bicentenario, Ernesto Jauretche; el periodista Hernán Brienza o el multifacético Aníbal Fernández.
- 4 Véase el artículo de Cecilia Feijoo y Alicia Rojo: "El revisionismo histórico como ideología gubernamental", en *La Verdad Obrera*, N° 455, 1/12/2011; el de Paula Schaller: "El neo revisionismo K: viejas ideas para nuevos tiempos políticos", en <http://www.ips.org.ar/?p=4415>; el de Federico Molinari: "El Instituto Dorrego y el cuento de la 'distribución de la palabra'", en *El Socialista*, N° 211, 14/12/2011 y el de Hernán Camarero y Lucas Poy: "Revisionismo devaluado. La última impostura kirchnerista", en *Prensa Obrera*, N° 1207, 22/12/2011.
- 5 Reportaje a Tulio Halperín Donghi, en *La Maga*, N° 3, Diciembre de 2011.
- 6 Véase, de Christian Castillo: "Elementos para un "cuarto relato" sobre el proceso revolucionario de los '70 y la dictadura militar", en *Lucha de Clases*, N° 4, Noviembre de 2004.
- 7 Una crítica a los "relatos" en Sanz Cerbino, Gonzalo: "Durmiendo con el enemigo. Acerca de Iso balances historiográficos del PTS", en *El Aromo*, N° 21, Julio de 2005.



Visita el blog de la **Asamblea de Intelectuales, Docentes y Artistas** en apoyo al **Frente de Izquierda y de los Trabajadores**:
<http://asambleadeintelectualesfit.wordpress.com/>

